el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del político personal y electoral, contra toda forma de diferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmalista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

Nº 34
Marzo 2025

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Los Estados Unidos de Trump amenazan al mundo

La fase imperialista del capitalismo se caracteriza por ser la fase en la que la economía de los países más avanzados, después de haberse desarrollado a través de la gran industria y la «libre competencia», se desarrolla aún más a través de los monopolios, es decir, a través de la concentración de la producción, el capital, el transporte y las vías de comunicación; una vez que se han generado los monopolios, es decir, los grandes trusts internacionales, el capitalismo nunca vuelve atrás, nunca regresa a la «libre competencia». No sólo la época del llamado desarrollo pacífico del capitalismo llegó a su fin con la primera guerra imperialista mundial, sino que la competencia entre los trusts internacionales, a través de sus disputas por las áreas de influencia y los mercados, ha elevado las apuestas cada vez más por medio de la reacción, la represión, la fuerza militar y la guerra. El desarrollo del capitalismo ha provocado, y sigue provocando cíclicamente, crisis comerciales, financieras, monetarias y políticas, crisis que -al sobreproducir, el sistema económico general, mercancías y capitales, en relación con lo que los mercados pueden absorber para su transformación en capital aumentado- sacuden a la sociedad hasta tal punto, en sus mismos fundamentos económicos, que la *retrotraen a un estado de barbarie momentánea, como una hambruna, una guerra general de exterminio en la que la sociedad se ve privada de todos los medios de subsistencia; la industria, el comercio parecen destruidos.* ¿Cómo salir de ello? La burguesía no tiene otro camino que, por una parte, *la destrucción forzosa de una masa de fuerzas productivas y, por otra, la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos.* ¿Pero supera realmente las crisis? No. La historia de las crisis capitalistas y de las guerras imperialistas demuestra lo que se predijo desde 1848 en el «Manifiesto del Partido Comunista» de Marx-Engels: *mediante la preparación de crisis más generales y más violentas y la disminución de los medios para evitarlas.*

Así Lenin, en 1915 en su «El imperialismo, última fase del capitalismo»: *El*

imperialismo es el capitalismo en su fase de desarrollo en la que se ha establecido la dominación de los monopolios y del capital financiero; en la que ha adquirido gran importancia la exportación de capitales; en la que ha comenzado el reparto del mundo entre los grandes trusts internacionales; y en la que se ha completado el reparto de todos los territorios del planeta entre las grandes potencias capitalistas. Y subraya: el imperialismo es la era del capital financiero y de los monopolios que introducen por doquier sus aspiraciones de conquista y no de libertad. Reacción en todos los campos, cualquiera que sea el orden político; tensión extrema de los antagonismos enfrentados, tal es el resultado. La opresión nacional y la necesidad de anexiones, es decir, la violación de la independencia nacional de los más débiles (ya que la anexión no es otra cosa que la violación del derecho de una nación a disponer de sí misma), adoptan una forma particularmente aguda.

* * *

Las palabras pronunciadas por el presidente entrante de Estados Unidos, Trump, en la conferencia de prensa celebrada el 6 de enero en su dorada residencia de Mar-a-Lago, Florida, cayeron a la mayoría de los medios de comunicación internacionales y a los gobernantes del mundo como puñaladas. Tienen el sabor de las bravatas, pero detrás de ellas se esconden verdaderos objetivos de dominación mundial.

Resumamos algunos puntos del manifiesto político que Trump, a propósito de anexiones, aumento de las tensiones de los antagonismos, opresiones nacionales y nuevas colonizaciones, se ha tomado la molestia de anunciar al mundo (1).

El primer pensamiento se dirige al continente norteamericano. **Groenlandia**, la mayor isla ártica del mundo (aunque con un estatus especial, políticamente forma parte de Dinamarca, que se había negado en 2019 a vendérsela a Trump durante su primera presidencia, y en la que EEUU tiene una importante base militar), por sus recursos minera-

(sigue en pág. 2)

Algunas cuestiones fundamentales sobre el problema de la vivienda

El llamado problema de la vivienda es uno de los aspectos centrales y más importantes en lo referido a la carestía de la vida, a las dificultades que la clase proletaria (y otras clases subalternas de la sociedad) padecen hasta el punto de no poder aspirar a unas condiciones de vida mínimas. Y lo es no recientemente, sino desde hace ya varias décadas. Periódicamente salta a la prensa, los voceros de la burguesía se hacen eco de ello, los partidos y sindicatos oportunistas exigen soluciones y se lanzan unas cuantas consignas que no van a ningún sitio. Esto es lo que ha sucedido en los últimos meses, durante los cuales hemos vivido una renovada preocupación, por parte de todos los estamentos burgueses, por un problema que en realidad nunca ha desaparecido y del cual ahora vivimos únicamente una versión especialmente dura pero que no contradice la tendencia constante, los términos del **problema**, porque siempre lo es, *de la vivienda* en el mundo capitalista.

(sigue en pág. 14)

EN EL INTERIOR

- **Ucrania: un trago amargo para los imperialistas europeos, un plato sabroso para los imperialistas estadounidenses y rusos con China mirando...**

- **¿Por qué nos llamamos PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL?**

- **Nota de lectura. Dos biografías de Bordiga, dos.**

- **Los líderes burgueses se preparan para la guerra, ¡Preparémonos para la guerra de clases!**

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

Los Estados Unidos...

(viene de la pág. 1)

les, en particular de tierras raras, e interesante posición geoestratégica para las comunicaciones por satélite y el control del Ártico, se considera *necesaria para la seguridad* de EEUU. Por lo tanto, *si se ve obligado* -después de inundar Dinamarca con aranceles sobre todos los productos exportados a EE.UU.- Trump anuncia que EE.UU. la tomará por la fuerza. No hay que olvidar, de hecho, que el Ártico se ha convertido, y se convertirá cada vez más, en una zona estratégica de primera importancia no sólo para EEUU, sino también para Rusia y China. **Canadá**, hacia el que Trump prevé una política arancelaria muy desventajosa para Ottawa, entra en su proyecto de anexión a los Estados Unidos de América, en este caso ennobleciéndolo al prever que se convierta en *el 51º Estado de la Unión*. México, hacia el que se incrementará la presión política y económica en materia de inmigración, contra la cual se acusa al gobierno mexicano de no hacer lo suficiente, para controlar el flujo de drogas y evitar que la inmigración latinoamericana cruce la frontera estadounidense. Mientras tanto, Trump lanza planes para cambiar el nombre del «Golfo de México» por el de *Golfo de América*. Luego Centroamérica: **Canal de Panamá**, considerado estratégico para EEUU y cuya propiedad fue entregada, según Trump, «vergonzosamente» por Jimmy Carter a Panamá: Washington pretende recuperarlo, incluso con el uso de la fuerza (2). Pero la amenaza concierne principalmente a China, que desde 2017 ha comenzado a suscribir acuerdos comerciales con Panamá para el control de dos puertos, de un total de cinco, adyacentes al Canal: uno situado en la vertiente del Pacífico (el puerto de Balboa) y otro en la vertiente del Atlántico (el puerto de Cristóbal). La china Hitchison Ports Holdings, que controla la Panama Ports Company, es así el mayor operador portuario de la zona: en 2012 firmó la renovación de la concesión de 25 años con la autoridad panameña de infraestructuras portuarias. Por el Canal de Panamá transita el 2,5% del comercio marítimo mundial, y el 46% del tráfico comercial entre el norte de Asia y la costa este de Estados Unidos. Se comprende que el imperialismo norteamericano no soporte en absoluto que un adversario como China eche raíces en lo que ha sido durante dos siglos su «patio trasero»; tanto más cuanto que China, después de África, está extendiendo lentamente sus garras hasta América Latina, como lo demuestran los diversos proyectos en los que participa en Colombia, Perú, Brasil, Venezuela.

En cuanto a los Estados miembros **de la OTAN**: de los 32 aliados, 28 forman parte de Europa (Serbia, Kosovo, Bielorrusia, Ucrania, el Cáucaso y, por supuesto, Rusia, permanecen fuera hasta la fecha), hacia los que, como anticipó hace semanas, el objetivo *del comandante en jefe* es que ya no destinen el

2%, sino el **5%** de su PIB al apoyo financiero de la Alianza Atlántica; según él, *todos pueden permitírselo*. En realidad, Francia, Alemania, Gran Bretaña e Italia hace tiempo que declararon que ni siquiera podrán alcanzar el 3% de su PIB... Los medios de comunicación también informan de un episodio de la guerra que Israel está librando contra los palestinos, en particular en **Gaza**; mientras Biden utiliza los últimos días de su mandato para aprobar otro paquete de 8.000 millones de dólares de ventas a Israel de misiles tierra-aire, aviones no tripulados, bombas y artillería, y las toneladas de alimentos y «ayuda» médica para Gaza están siendo sistemáticamente destruidas, Trump amenaza con que: *«si los rehenes no son liberados antes del 20 de enero* (fecha de su toma de posesión) *habrá un infierno»*..., ¡como si hoy los más de 70.000 muertos en Gaza (incluidos los enterrados en los escombros de los edificios bombardeados), destruida en gran parte por los bombardeos israelíes, sin más hospitales ni escuelas, con toda una población reducida al hambre, la enfermedad, la represión sistemática y el desplazamiento continuo, no representaran ya el infierno deseado por todas las democracias del mundo, no sólo por Washington e Israel!

Trump también ha querido señalar que Zuckerberg (el dueño de Meta, es decir, Facebook, Instagram y Threads) ha decidido cesar las operaciones *de fact-checking* en sus plataformas -es decir, la verificación de la información que pasa por estas plataformas a través de empresas profesionales conocidas como «independientes»- y ajustarse al modelo utilizado por Elon Musk en su plataforma **SpaceX** (antes conocida como Twitter). Da la casualidad de que Elon Musk, además de poseer actualmente 7.000 satélites de baja altitud indispensables para las comunicaciones internacionales desde todos los rincones de la Tierra (aunque planea alargar la lista hasta los 42.000 satélites, monopolizando así las conexiones digitales en todo el mundo), y propietario del fabricante de automóviles Tesla, había sido un gran partidario de Biden; pero desde que olfateó la posibilidad de que Trump ganara las elecciones, se ha convertido en un partidario tan firme que se ha convertido en su alter ego, demostrando además que cuando los multimillonarios entran en política, nunca lo hacen por el «bien del país», sino por el bien de su propio negocio.

En el campo de la industria extractiva, mientras que Biden había intentado muy tímidamente restringir la libertad de perforación en las costas estadounidenses, con Trump la libertad de perforación está asegurada, y al diablo con el *Green Deal*. Por otro lado, con las sanciones a Rusia, sobre todo de **gas** y **petróleo**, impuestas por Washington a los países europeos (sanciones que han perjudicado más a los países de la UE que a Rusia), no es ningún secreto que EEUU y Noruega (que no forma parte

de la UE) han sido los mayores beneficiados en cuanto al aumento de sus exportaciones, sobre todo de gas, a los países europeos. Desde EE.UU., el suministro a la UE de **GNL** (gas natural licuado, transportable únicamente en buques gaseros, que se regasifica para su uso en plantas industriales) alcanzará los 56,2 bcm [millardo de metros cúbicos] en 2023, lo que representa el 19,4% de las importaciones totales de la UE, frente a los 87,8 bcm suministrados por Noruega; pero la presión de Washington sobre los países europeos (aumentando la lista de productos europeos a los que imponer fuertes aranceles) es tal que seguramente en los próximos años, a partir de 2025, el GNL estadounidense subirá considerablemente en el ranking de proveedores. Alemania ya se está convirtiendo, en lo que a regasificadores se refiere, en el país mejor equipado de Europa, mientras que Italia ya ha prometido a Trump aumentar la importación de GNL estadounidense para obtener una disminución de los aranceles sobre los productos italianos y un porcentaje inferior no sólo al 5% sino al 3% del PIB en armamento a disposición de la OTAN (a día de hoy, Italia apenas alcanza el 1,5% del PIB en este campo).

¿Y **Ucrania**? Biden firmó también para Kiev, como para Israel, el pasado diciembre un paquete adicional de armas por valor de 1.200 millones de dólares, que sin embargo no podrán ser entregadas rápidamente porque no proceden del arsenal estadounidense como antes. Trump, por su parte, ha prometido que seguirá apoyando a Kiev aunque no ha dejado claro en qué condiciones (pero seguro que presionará a los países europeos de la OTAN, como ha hecho hasta ahora Biden, para que aumenten su compromiso financiero y armado con Ucrania). A lo largo de la campaña electoral, tanto Trump como su adjunto, J.D. Vance, siguieron reiterando su intención de detener las masivas inversiones económicas y militares hacia Kiev (Elon Musk, que ha ascendido a la cima de las personalidades políticas vinculadas a Trump gracias al apoyo multimillonario a su campaña electoral, no se abstuvo de describir a Zelensky como *«el mayor campeón del robo de todos los tiempos»*). Rusia, por su parte, mientras sufre las consecuencias negativas debidas a la inflación, las sanciones, el sostenido esfuerzo bélico en Ucrania y, no menos importante, el decreciente consenso interno sobre la guerra, no tiene interés en poner fin al conflicto a corto plazo, al menos hasta que haya consolidado el control de las regiones de Donbass, donde la resistencia ucraniana sigue haciéndoselo pasar mal a las tropas rusas, y hasta que haya liberado por completo la región de Kursk, ocupada por tropas de élite ucranianas y donde fueron enviados al matadero soldados norcoreanos amablemente «ofrecidos» a Putin por Kim Jong-un. Trump, por su parte, dando marcha atrás en sus bravatas de la campaña electoral: *Acabaré con la guerra en Ucrania en 24 horas*..., subraya que pretende restablecer relaciones diplomáticas con Mos-

cú, garantizando que Ucrania no entrará en la OTAN hasta dentro de al menos 10 años y que no intentará recuperar los territorios ocupados y anexionados hasta ahora por Moscú. Ni que decir tiene que, sobre esta base, el «programa de paz» diseñado por Trump sigue siendo indigerible no sólo para Zelensky, lo cual es obvio, sino también para un buen número de países europeos que han apoyado y siguen apoyando política, financiera y militarmente a Kiev frente a Moscú, como en la reciente cumbre de la OTAN del 9 de enero en Ramstein; un «programa de paz» que va en dirección contraria a lo que, en la misma cumbre de Ramstein, declaró la Alta Representante de Política Exterior de la Unión Europea, Kaja Kallas (3): «*seguiremos movilizandolos todos los recursos necesarios para garantizar la victoria de Ucrania*»...[?!?]

La inmigración es el otro tema central hacia el que Trump ya había mostrado su actitud represiva durante los años de su primera presidencia. En 2017, al inicio de su primer mandato, prohibió la entrada a Estados Unidos a todos los **musulmanes** y también bloqueó durante cuatro meses la entrada al país de todos los refugiados, lo que le enfrentó a su propio Departamento de Justicia. Hoy afirma que utilizará el ejército para deportar a los inmigrantes que hayan llegado ilegalmente a Estados Unidos dentro de los límites de las leyes vigentes; y a quienes le recuerdan que la Constitución prohíbe el uso del ejército para mantener la ley y el orden, responde que la Constitución «*no impide que el ejército intervenga si se trata de una invasión de nuestro país*» (4). El hecho de que Trump haya vuelto a poner a Tom Homan, un funcionario de inmigración conocido por su línea dura contra los inmigrantes, al frente de la política de inmigración como en su anterior administración (fue el artífice del encarcelamiento y la separación de los niños inmigrantes de sus padres) deja claro que las amenazas de Trump no son sólo propagandísticas. Y el hecho de que Tom Homan, que también ocupó el mismo cargo bajo la presidencia de Barak Obama, fuera condecorado en 2015 por el propio Obama con uno de los más altos honores reservados a los civiles, el *Presidential Rank Award* (5), demuestra de hecho que la política estadounidense, ya esté dirigida por demócratas o por republicanos, no cambia en lo fundamental en sus aspectos fuertemente represivos con respecto a la inmigración.

En la gran cuestión **climática**, la posición de Trump y sus partidarios es bien conocida: retirará de nuevo a Estados Unidos del Acuerdo Climático de París que Biden había restablecido, y saldrá de la Convención de la ONU que guía las políticas climáticas mundiales. Estados Unidos, después de China, se encuentra entre los mayores emisores de CO₂ a la atmósfera; abandonar ofi-

cialmente el Acuerdo de París y los compromisos formalmente adquiridos en él y posteriormente significa seguir depreciando todos los «acuerdos» firmados y «compromisos» adquiridos, demostrando por enésima vez que todo lo que va en contra del *beneficio capitalista de ahora y de siempre* no se tiene en cuenta para nada, más aún si, como en el caso de las emisiones de gases de efecto invernadero, supone cambiar radicalmente los métodos contaminantes de producción y consumo aumentando significativamente los costes de producción y transporte. Por otra parte, todo el sector minero basado en los fósiles para la producción de energía tendría que reducirse drásticamente; no sólo los grandes productores y exportadores de petróleo, productos petrolíferos, gas natural y carbón, sino también todas las industrias de producción que funcionan con electricidad y transporte terrestre y marítimo, y que hasta ahora han obtenido miles de millones de beneficios, tendrían que renunciar durante décadas a esperar la sustitución de las fuentes fósiles por fuentes renovables ¿Se ha visto alguna vez al capital detenerse siquiera un minuto? ¿Se ha visto alguna vez que el capitalismo cambie su carácter mercantil, depredador y anárquico para satisfacer las necesidades de la salud humana, armonizando con el entorno natural? No, y nunca lo hará, porque su modo de producción y consumo reduce cualquier actividad humana, cualquier relación, cualquier necesidad, cualquier objeto, a una mercancía; y puesto que vivimos en la naturaleza, la naturaleza y todo lo que la constituye, desde el agua al aire, desde el suelo al subsuelo, desde los bosques a la tierra cultivable, también se trata como una mercancía. Salvo que la naturaleza es mucho, mucho más fuerte que el animal-hombre, y por mucho que el animal-capitalista intente doblegarla a las leyes del capital, la naturaleza se rebela cada vez más hasta el punto de hacer invivible el medio ambiente, sin importarle el mercado, la propiedad privada, el dinero y las conferencias burguesas sobre el clima con las que los contaminadores se burlan de la intoxicada humanidad.

En el ámbito de la salud, Trump, como ya había amenazado en su momento, insiste hoy aún más en la decisión -desde el primer día de su toma de posesión, como escribe el *Financial Times*- de retirar a Estados Unidos de la **Organización Mundial de la Salud**; dado que Estados Unidos es el principal financiador de la OMS, es obvio el daño que sufrirá esta organización. Por otra parte, como también ha demostrado la última pandemia de Sars-Cov2, esta organización no es más que la administración de los intereses de las grandes farmacéuticas, y especialmente de las diez primeras del mundo (las estadounidenses Eli Lilly, Johnson & Johnson, Abbvie, Pfizer y Amgen, la danesa Novo Nordisk, la alemana Merck, las suizas La Roche y Novartis, y la inglesa AstraZeneca, que juntas representan un volumen de negocios de

más de 420.000 millones de dólares). En cuanto a las vacunaciones, es bien sabido que Trump había considerado la pandemia de Sars-Cov2 como una gripe estacional, y que siempre se había opuesto a las obligaciones de vacunación, salvo algunas como la de la poliomielitis.

Trump también se ha pronunciado sobre las finanzas, proponiendo crear una especie de «reserva estratégica» de **bitcoins** gestionada por el Tesoro estadounidense; el bitcoin, según él, sería el futuro de las finanzas, a pesar del posible fraude de las monedas digitales y de su extrema volatilidad. David Sacks, gran defensor de Trump, procede del grupo de emprendedores de Silicon Valley que habían fundado la empresa PayPal en 1999 y que tras la venta a eBay se separaron, fundando cada uno otras empresas, también en el ámbito tecnológico y digital (entre ellos Elon Musk), como YouTube, Yammer, Yelp, Craft Ventures, Tesla, SpaceX, Airbnb, etc. Fue nombrado por Trump para ocuparse de la regulación de las criptomonedas y supervisar el desarrollo de la inteligencia artificial, en competencia directa con China.

Por el momento, Trump aún no se ha pronunciado claramente sobre la política social interna de su administración, pero es seguro que, después de haber hecho la pelota a la **clase obrera** para conseguir sus votos -como en el caso de las visitas que hizo a los trabajadores del automóvil durante la huelga de 50 días en Ford, GM y Stellantis en otoño de 2023-, no adoptará una política muy diferente de la de Biden. De hecho, seguirá salvaguardando el nivel de vida de las capas obreras que trabajan en sectores económicos estratégicos y vitales para la economía estadounidense (ingeniería, petroquímica, defensa, etc.), y dejando que los capitalistas privados traten con sus trabajadores ya en términos de acuerdos sindicales como de libertad para fijar las condiciones de trabajo y salarios en aquellos sectores que, por «tradicición», escapan a las normas y derechos formales: construcción, agricultura, restauración, logística, transporte privado, pequeño comercio, etc. Mientras tanto, ha prometido conceder el **indulto presidencial** a todos los condenados **por el asalto al Capitolio** del 6 de enero de 2021, por el que, por otra parte, no fue procesado como inspirador, pero está claro que se siente en cierta «deuda» con todos aquellos que demostraron apoyar incluso con violencia sus acusaciones de fraude electoral contra Biden.

* * *

La América imperialista se enorgullece de su democracia, una democracia que con el tiempo ha superado el alto grado de civilización política y social asignado a la democracia británica, tanto que se ha convertido en una bandera

(*sigue en pág. 4*)

Los Estados Unidos...

(viene de la pág. 3)

a exportar por todo el mundo y por cuya victoria se ha justificado y se justifica toda intervención militar, no sólo desde la segunda guerra imperialista mundial, sino desde la primera. La base del particular carácter agresivo del imperialismo norteamericano se revela por la propia historia del capitalismo implantado en el nuevo continente donde la burguesía no tuvo la tarea histórica de revolucionar el modo de producción feudal y eliminar el poder político de las monarquías y aristocracias, sino la de implantar ex novo el modo de producción capitalista importado de Europa que, con todo su poder revolucionario en el plano económico, destruyó fácilmente el sistema arcaico de los nativos americanos que basaban su supervivencia en los recursos naturales existentes explotados de estación en estación incluso mediante el nomadismo, y venció en la Guerra de Secesión americana a los Estados Confederados del Sur que se enriquecían con la esclavitud. La forma de producción capitalista, una vez abolida la esclavitud, se limitó a sustituir a los esclavistas por esclavistas industriales universalizando la esclavitud asalariada a los proletarios de cualquier nacionalidad, color de piel, sexo o edad. En lo que se estaba convirtiendo el Estado en Europa -con su transformación de órgano al servicio de la sociedad en órgano de los intereses específicos de la clase burguesa dominante contra la propia sociedad-, el Estado en la Unión Norteamericana lo fue

ya desde el primer momento: un auténtico consejo de administración del capital.

Engels, en su prefacio de 1891 a *La guerra civil en Francia* de Marx, escribe: «En ningún país forman los 'políticos' un sector tan separado y tan poderoso de la nación como en Norteamérica. Allí, cada uno de los dos grandes partidos que intercambian el poder entre sí está gobernado a su vez por personas para las que la política es un negocio, que especulan con los escaños en las asambleas legislativas de la Unión así como en cada uno de los estados, o que al menos viven de la agitación por su propio partido y tras su victoria son compensados con escaños». ¿Qué ha cambiado de 1891 a 2025? Sí, ha cambiado a peor, porque la situación que en 1891 veía a «dos grandes bandas de especuladores políticos que se apoderan alternativamente del poder y lo explotan por los medios más corruptos y con los fines más corruptos» se ha enquistado aún más, convirtiéndose en un modelo para todo el mundo, confirmando la opinión de Engels de que «la nación es impotente frente a estos dos grandes cárteles de políticos que presumen de estar a su servicio, pero que en realidad la dominan y la saquean» (6).

Fue la primera guerra imperialista mundial que «obligó definitivamente a Estados Unidos», como decía el Manifiesto Final del II Congreso de la Internacional Comunista, «a renunciar a su conservadurismo continental». Al expandirse, el programa de su capitalismo nacional -América para los americanos (Doctrina Monroe)- fue sustituido por el programa del imperialismo: «el mundo entero para los americanos». No contentándose ya con explotar la guerra mediante el comercio, la industria y las operaciones bursátiles, buscando otras fuentes de riqueza que las que, cuando era neutral, extraía de la sangre europea, Estados Unidos entró en la guerra y desempeñó un papel decisivo en la derrota de Alemania y se inmiscuyó en la resolución de las cuestiones políticas de Europa y del mundo» (7). Es el momento en que los Estados Unidos de América se preparan, no para «volver a meterse en su caparazón», sino para sustituir a Gran Bretaña como primera potencia imperialista mundial, lo que ocurrirá con la Segunda Guerra Mundial. El Manifiesto de la Internacional de 1920 prosigue: «Continuando la esclavización del continente americano por medios cada vez más violentos, convirtiendo en colonias a los países de América Central y del Sur, los demócratas y republicanos se preparan para tapar el resquicio que les ha dejado la Sociedad de Naciones creada por Inglaterra, a formar su propia Liga, en la que Norteamérica desempeñará el papel de centro mundial. Para hacer frente a la situación por el lado correcto, se proponen convertir su flota, en los próximos tres

a cinco años, en un instrumento más poderoso que la flota británica. Esto es exactamente lo que ocurrió; con la Segunda Guerra Mundial ganada por la alianza de los imperialismos occidentales, [con] la revolución proletaria en Europa y Rusia derrotadas, la Rusia revolucionaria transformada en una Rusia contrarrevolucionaria de primer orden, los Estados Unidos de América se convirtieron efectivamente en el imperialismo dominante en el mundo. Sin embargo, la perspectiva del marxismo revolucionario, esbozada en el Manifiesto de Marx y Engels, afirmada con el primer intento de dictadura proletaria de la Comuna de París, restaurada por Lenin, convertida en la base de la victoria revolucionaria de octubre de 1917 en Rusia, y reafirmada en las poderosas tesis de la Internacional Comunista, en su segundo congreso de 1920, fue retomada en la lucha contra el estalinismo y cualquier otra desviación del marxismo, por la Izquierda Comunista Internacional, y en particular por la Izquierda Comunista de Italia, a la que la propia historia del movimiento comunista internacional asignó la tarea de dirigir no sólo la restauración del marxismo, como tuvo que hacer Lenin en las dos primeras décadas del siglo XX, sino también la reconstitución del partido comunista revolucionario en todo el mundo, para lo cual era vital que se trazaran los equilibrios dinámicos de las revoluciones y, sobre todo, de las contrarrevoluciones.

* * *

Para una potencia imperialista como Estados Unidos, aunque siempre existe una cierta diferencia entre política interior y exterior, no cabe duda de que la política exterior, es decir, la que actúa sobre las relaciones internacionales a partir de las relaciones de fuerza existentes y cambiantes, es cada vez más relevante, dictando consecuencias económicas, políticas, financieras, sociales y militares que pesan sobre las condiciones de vida y de trabajo del proletariado, y en cuyo terreno se jugarán los efectos del antagonismo de clase, que en la sociedad burguesa nunca desaparece. Tanto más si, como se desprende de la política de las grandes potencias imperialistas del mundo, la situación general se acerca cada vez más a una crisis mundial que estallará en una tercera guerra mundial, guerra que sólo una fuerte reactivación de la lucha de clases y revolucionaria podrá afrontar dando al proletariado mundial una perspectiva de sociedad humana, frente a las irresolubles contradicciones del capitalismo imperialista, completamente opuesta a la burguesa e imperialista, transformando la guerra imperialista en una guerra de clases por el derrocamiento del dominio burgués y su Estado y por la dictadura del proletariado ejercida por el partido de clase, la única que puede enfrentar y vencer la dictadura del capital.

La mirada de Washington, desde la Segunda Guerra Imperialista Mundial en adelante, y esto no es nada nuevo, se

«el programa comunista» Nº 56, septiembre 2024

- Ucrania. Una guerra que sigue allanando el camino para futuras guerras en Europa y en todo el mundo.
- Porqué Rusia no es socialista.
- La guerra de España (4): el programa agrario de las organizaciones obreras (1936-1939). El proletariado industrial.
- Oriente medio:
 - . Los actos terroristas, hoy de Hamas, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras no pondrán fina la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania. ¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de Oriente medio, Europa y el mundo está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!
 - . De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente medio en los últimos 100 años.

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. Precio solidario: 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. Suscripción: el precio de 4 ejemplares.

ha vuelto perennemente hacia todo el planeta, con el objetivo de prevalecer en los mercados más importantes para la salida de las mercancías estadounidenses y para que su propio capital se invierta fructíferamente, haciendo del dólar estadounidense la moneda internacional. La victoria estadounidense en la Segunda Guerra Mundial Imperialista no sólo superó a las economías alemana y japonesa -no hablemos de la italiana que, en comparación, era y sigue siendo imperialista pero «desarrapada»- sino que dobló a Gran Bretaña y Francia a sus propios intereses planetarios, utilizando contra ellos -y por tanto contra Europa- no sólo la Alianza Atlántica (OTAN) en el terreno específicamente militar, sino también la alianza con la «enemiga» Rusia de Stalin, necesaria para la división del control imperialista del continente europeo, dejando la disputa en el resto del mundo a las relaciones de fuerza recíprocas. Tras la consolidación en el mundo del poder económico, financiero, político y, por tanto, imperialista de Estados Unidos durante los treinta años de expansión capitalista tras la Segunda Guerra Mundial, estalló la gran crisis mundial de 1973-75, que volvió a poner en juego las relaciones de poder entre las grandes potencias. A mediados de los años setenta también finalizó el largo período de levantamientos anticoloniales que sacudieron el dominio de las viejas potencias coloniales, poniéndolas aún más en manos del imperialismo estadounidense; ese *imperialismo de portaaviones*, como escribimos una vez (8), capaz de dominar los océanos y los mares para «llevar su ofensiva a cualquier parte del mundo», tanto a nivel del enfrentamiento con otras potencias imperialistas por la supremacía en el mundo, como a nivel del enfrentamiento con las fuerzas del proletariado revolucionario cuando, resurgido como clase revolucionaria, se lance a la conquista del poder y contra el cual -como ya ocurrió durante la Comuna de París y, más tarde, contra la revolución proletaria en Rusia- se aliarán todos los Estados del mundo. Porque sólo la revolución proletaria y comunista es capaz de derrocar el poder burgués y capitalista en cada país.

Hay, sin embargo, potencias imperialistas todavía embrionarias o en una *fase inferior del imperialismo* en su desarrollo capitalista que todavía se mueven según un expansionismo «en las formas del colonialismo (ocupación del territorio de Estados menores)», como lo fue Rusia en su momento y, en gran medida, lo sigue siendo, como demuestran sus guerras en el Cáucaso, Afganistán, Ucrania; y como demuestra la política anexionista de China hacia Hong-Kong, Macao, Tibet, Taiwán. Más allá del desarrollo tecnológico en el campo de los misiles, gracias al cual es posible para los sistemas más avanzados lanzar misiles balísticos intercontinentales, con ojivas convencionales, nucleares, termonucleares y biológicas, cubriendo largas distancias, de 5.500 a 11.000 km (es decir, la distancia entre Los Ángeles

y San Petersburgo) y con una potencia de incluso 1 megatón (es decir, 1.000 kilotones) (9), el dominio sobre los océanos sigue siendo el principal objetivo de las superpotencias imperialistas. No en vano Estados Unidos, que ya es capaz de mover simultáneamente hasta 11 portaaviones, planea disponer de otros nueve en los próximos años. Incuestionablemente, dado su poder financiero capaz de invertir billones de dólares en armamento terrestre, aéreo y marítimo, Estados Unidos sigue siendo la potencia imperialista más fuerte del mundo, pero a diferencia de los años 1950-1980, cuando su dominio en el mundo era esencialmente indiscutible a pesar del excepcional desarrollo económico de Alemania y Japón (las dos potencias imperialistas que fueron derrotadas y semidestruidas en la Segunda Guerra Mundial), en los últimos treinta años, el equilibrio de poder en el mercado mundial se ha ido desplazando aún más, con la aparición en el tablero internacional de otras grandes potencias económicas (China, India, Indonesia, Brasil, México, Turquía, Corea del Sur), además de Rusia, al tiempo que se ha reanudado la carrera por formar bloques imperialistas destinados tanto a defender sus propias economías de la agresión de los bloques contrarios como a preparar el terreno para futuros e inevitables enfrentamientos militares.

Como todas las alianzas burguesas, las organizaciones internacionales que se han formado en los ochenta años transcurridos desde el final de la Segunda Guerra Mundial están destinadas a ser cuestionadas por las crisis económicas, monetarias y comerciales que han jalonado este largo período histórico. Estas organizaciones se crearon para hacer frente a las crisis capitalistas que inevitablemente se produjeron y se producen cíclicamente en el mercado mundial, pero están destinadas a ser modificadas o destruidas por las crisis que se están produciendo y se producirán en un futuro próximo. La Unión Europea, nacida como una cooperación económica entre países europeos, está intentando transformarse gradualmente en una organización política y, por tanto, militar, como puede demostrar el apoyo de Ucrania en la guerra contra Rusia; pero los intereses contrapuestos de los principales protagonistas del imperialismo europeo occidental (Gran Bretaña, Alemania, Francia) socavan continuamente su «unión». Al mismo tiempo, sin embargo, arrastra todas las contradicciones que los diferentes intereses nacionales generan y que la propia guerra ruso-ucraniana ha puesto de manifiesto, no sólo desde el punto de vista económico-político, sino también militar; los intentos de crear una fuerza armada europea, cuyos principales protagonistas han sido Francia y Alemania, no sólo han encontrado la oposición de EEUU y Gran Bretaña, sino que también encuentran factores conflictivos entre los países que más recientemente se han incorporado a la OTAN, especialmente en

Europa del Este. Todos estos contrastes, al menos en el plano de las relaciones directas entre las fuerzas imperialistas que se reconocen *como occidentales*, están destinados a crecer y a estallar, y si no han estallado aún es porque todavía están bajo la influencia y el peso del imperialismo norteamericano, que, como nos ha resultado muy evidente a los marxistas desde el final de la Segunda Guerra Mundial Imperialista, ha sometido a Europa a su control.

Trump, hoy, como todos los presidentes demócratas y republicanos ayer, se mueve según una trayectoria que no está señalada por las ideas caprichosas que se puedan formar en la cabeza de cualquier «hombre fuerte» que tenga la suerte de sentarse en el más alto trono de la política o de la economía, sino por los intereses profundos de una economía que, al concentrarse cada vez más, no hace sino exacerbar todos los factores de crisis que poco a poco intenta superar. Siempre hemos estado convencidos de esto como comunistas revolucionarios, y nuestra tarea es preparar el partido de clase que mañana deberá dirigir al proletariado en la revolución anticapitalista, y por tanto antiimperialista, en todo el mundo.

Las oligarquías del alto capitalismo -escribimos en 1951 (10)- *operan en la economía, en la producción, en la industria, en las finanzas con una práctica que conduce a la guerra, porque operar de otra manera disminuiría sus ganancias y perjudicaría sus intereses de diferentes maneras. Pero ni siquiera los miembros de estas oligarquías, tomados a título personal, podrían, aunque quisieran, operar de manera radicalmente opuesta, y aunque pensarán en conciliar la protección de sus intereses con el aplazamiento o la evitación de la guerra* [como el papa de Roma lleva años *instándoles* a hacer según su teoría de la «guerra mundial a trozos», ed. (11)]. *Por eso, la gran tontería, que sólo tiene un efecto publicitario y sólo vale para cambiar un poco la relación de fuerzas partidistas (si es que mañana hay muchas), de gritarles a ellos, a los jefes de gobierno y de empresa: deténganse a tiempo, vivan, produzcan, ganen, pero no vayan a la guerra, recuerden que ustedes fueron la salvación del mundo hasta 1945 y procuren no atomizarlo.*

El hecho es que la burguesía sólo puede perseguir y defender los intereses del capitalismo. Y las grandes oligarquías económicas, financieras y militares no pueden moverse más que según leyes que no controlan y que las empujan constantemente a *escaladas* que querrían dominar pero por las que, en cambio, son dominadas. Reiteramos lo que dijimos en el artículo de 1951 citado anteriormente: ustedes, las oligarquías del alto capitalismo, como clase burguesa, no pueden detener su opresión imperial del mundo, sólo la revolución proletaria mundial puede hacerlo,

(sigue en pág. 6)

Los Estados Unidos...

(viene de la pág. 5)

destruyendo su poder; una revolución que no puede ser detenida ni por su paz ni por su guerra: no hay otro camino. Las fuerzas productivas vivas, las fuerzas del trabajo vivas representadas por el proletariado mundial se desharán, con la revolución, de vuestro mundo de opresión en el que ya no podéis defender vuestros privilegios más que destruyéndolos.

El proletariado de cada país tiene que ajustar cuentas con su burguesía de origen, y esto vale para el proletariado norteamericano, chino, británico, ruso, francés, brasileño, japonés, español, italiano, sudafricano o iraní, o de cualquier otro país, pues es seguro que la próxima revolución no podrá tener lugar, ni siquiera partiendo del eslabón más débil de la cadena opresora imperialista -como en el caso de Rusia en 1917-, si no es en el marco mundial.

le prolétaire

organo del partito comunista internazionale

Organizzazione editoriale: Partito Comunista Internazionale, via S. Maria Maddalena, 10 - 00187 Roma - Tel. 06/4781111 - Fax 06/4781112 - E-mail: leproletaire@pcint.org - www.pcint.org

el proletario

organo del partito comunista internazionale

Organizzazione editoriale: Partito Comunista Internazionale, via S. Maria Maddalena, 10 - 00187 Roma - Tel. 06/4781111 - Fax 06/4781112 - E-mail: elproletario@pcint.org - www.pcint.org

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

NOTAS:

(1) La noticia procede de *il fatto quotidiano*, *the post*, <https://energiaoltre.it,ispionline.it>

(2) La historia del Canal de Panamá comenzó cuando Simón Bolívar encargó al ingeniero inglés John Lloyd que estudiara la posibilidad de construir el canal que uniría por mar el Atlántico con el Pacífico. El movimiento bolivariano, tras derrotar a los españoles, fundó en 1819 la Gran República de Colombia, que unía los territorios de Nueva Granada, Panamá, Quito y Venezuela, y que, en la idea de Bolívar, debía ser la base federal para unir toda Sudamérica tras habérsela arrebatado a las potencias coloniales de España y Portugal; pero, dados los contrastes entre las distintas nacionalidades, el gran proyecto federativo se vino abajo en 1830 y se formaron los estados independientes de Ecuador, Venezuela y Nueva Granada. Nueva Granada, que incluía también el territorio de Panamá, tomaría más tarde el nombre de Colombia. El proyecto del Canal de Panamá quedó en suspenso hasta 1879, cuando en el Congreso Internacional de París resurgió gracias al francés Lesseps (constructor del Canal de Suez), quien, sin embargo, no encontró la inversión necesaria; Eiffel ocupó su lugar en 1885, pero su empresa también fracasó. En 1901, Estados Unidos obtuvo el permiso de Bogotá para construir el Canal y gestionarlo durante 100 años, pero el acuerdo por el que Estados Unidos asumiría el control y la gestión total del Canal no fue ratificado por el gobierno colombiano. Así que Washington, en 1903, promovió y organizó el levantamiento de Panamá que se hizo «independiente» de Colombia, pero dependiente de EEUU. En 1907 comenzaron las obras por parte del Cuerpo de Ingenieros del Ejército estadounidense, que finalizaron en 1914, mientras que la inauguración oficial tuvo lugar en 1920. Estados Unidos ya había obtenido en 1901 el derecho permanente a controlar y gestionar el Canal y toda la zona circundante, pero más tarde, en 1977, tras años de tensiones entre los dos países, el presidente estadounidense Carter firmó otro tratado con el jefe de la junta militar panameña, Torrijos, para que el Canal y la zona circundante volvieran por completo a manos del gobierno de Panamá el 31 de diciembre de 1999.

(3) Cfr. <https://www.lumsanews.it/a-rarmstein-la-nato-rafforza-il-sostegno-a-kiev-mentre-cresce-la-tensione-con-mosca>

(4) Cfr. <https://www.wired.it/article/trump-cosa-fara-immigrazione-bitcoin-ucraina-gaza-clima>

(5) La Presidencia de los Estados Unidos dispone cada año de dos categorías de Premios de Rango Presidencial: el Rango *Distinguido*, que honra a los altos funcionarios reconocidos por logros *extraordinarios y duraderos* en su trabajo, a los que se concede además un premio en metálico del 35% de su salario base anual (es este premio el que Tom

Homan recibió de Obama). Y *el Grado Meritorio*, que recompensa a funcionarios de menor rango, pero igualmente reconocidos por logros extraordinarios y duraderos en su trabajo, para los que el premio en metálico consiste en el 20% de su salario base anual.

(6) Véase «La guerra civil en Francia», de K. Marx, *Introducción* de F. Engels a la edición alemana de 1891, Editori Riuniti, Roma 1977, p. 26.

(7) Cf. *l'Internationale Comunista*, nº 13, septiembre de 1920, pp. 2333-2348; en italiano en *Il biennio rosso 1919-1920 della Terza Internazionale*, editado por S. Corvisieri, Edizioni Jaka Book, Milán 1970, pp. 513-514.

(8) Véase el artículo *L'imperialismo delle portaerei*, «il programma comunista», nº 2, 1957. Atención: en este artículo se cita un diario de Roma, «Il Tempo», con cifras inexactas; en efecto, se afirma que la marina estadounidense disponía de ciento tres portaaviones capaces de albergar cinco mil aviones entre reactores, bombarderos y helicópteros. En realidad, una comprobación realizada por el sitio web «n+1» muestra que, en aquella época, Estados Unidos contaba con una docena de portaaviones capaces de albergar como mucho mil aviones. Esto no quita para que Estados Unidos siguiera controlando los océanos a través de sus portaaviones, superando con creces a cualquier otra potencia imperialista. Hoy en día, según Wikipedia, EE.UU. tiene 11 portaaviones activos, más dos en construcción y siete más planeados; China tiene dos portaaviones activos, más uno en construcción y uno planeado; Rusia tiene un portaaviones activo y seis planeados; el Reino Unido tiene dos portaaviones activos; Francia tiene un portaaviones activo y uno planeado; Japón tiene dos portaaviones activos; India tiene un portaaviones activo, uno en pruebas y uno planeado; e Italia tiene dos. Pero entre todos ellos, lo que marca la diferencia no es sólo el número, sino si son o no superportaaviones, es decir, con un desplazamiento superior a 63,5 toneladas. De las cifras anteriores, Estados Unidos tiene hasta 10 supercargueros activos, el Reino Unido 2, Rusia y China 1 cada uno. España dispone de un buque portaeronaes de menor tamaño.

(9) Las bombas atómicas lanzadas por los estadounidenses sobre Hiroshima y Nagasaki tenían una potencia de «sólo» 15 y 21 kilotonnes respectivamente; por lo tanto, los misiles balísticos intercontinentales pueden llevar cabezas nucleares capaces de arrasara ciudades superpobladas enteras.

(10) Se trata del «hilo del tiempo» titulado *Non potete fermarvi, solo la rivoluzione proletaria lo può, distruggendo il vostro potere*, publicado en el entonces periódico del partido «batalla comunista», nº 1 de 1951. Se puede encontrar fácilmente en www.pcint.org, Textes et thèses, en italiano, *Sul filo del tempo (1949-1955)*.

Los líderes se preparan para la guerra, ¡Preparémonos...

(viene de la pág. 20)

(1) Datos del SIPRI, 22/2/25 (<https://www.sipri.org/commentary/topical-back-grounder/2025/transformation-ukraines-arms-industry-amid-war-russia>). A modo de comparación, en Francia operan directa o indirectamente en el sector de armamento entre 2.000 y 4.000 empresas, que emplean en total a 210.000 personas.

(2) <https://www.milex.org/2024/10/30/esplosione-per-le-spese-militari-italiane-nel-2025-a-32-miliardi-di-euro-13-per-nuove-armi>; <https://tg24.sky.it/mondo/2025/03/05/>

[rearm-europe-spese-italia](https://es.euronews.com/my-europe/2025/03/07/que-efectos-tendra-en-espana-el-aumento-del-gasto-militar-como-pide-bruselas)

(3) <https://es.euronews.com/my-europe/2025/03/07/que-efectos-tendra-en-espana-el-aumento-del-gasto-militar-como-pide-bruselas>

(4) Pero Zelensky afirmó el 29 de enero que sería necesario desplegar «un mínimo» de 200 000 soldados europeos para garantizar la paz, algo imposible para los ejércitos europeos...

(5) Por ejemplo, el 19 de febrero, el primer ministro danés justificó el anuncio de un gasto militar masivo que debería superar el 3 % del presupuesto a finales de año con el temor de un rápido alto el fuego en Ucrania «porque podría dar al presidente Putin y a Rusia una mejor oportunidad [...] de movilizarse de nuevo y atacar a Ucrania o a otro país de Europa».

Ucrania: un trago amargo para los imperialistas europeos, un plato sabroso para los imperialistas estadounidenses y rusos con China mirando...

El camino hacia un acuerdo entre estadounidenses y rusos sobre la «cuestión ucraniana», en el aire desde la campaña electoral de Trump, se ha abierto siquiera un mes después de la toma de posesión de Trump en la Casa Blanca, demostrando una vez más que sólo el desacuerdo o el acuerdo entre Washington y Moscú es decisivo para la prolongación de esta guerra o para su conclusión.

Un breve recordatorio de lo sucedido hasta ahora

Hace tres años, con su intervención militar en Ucrania, Rusia quiso poner fin a un período en el que Ucrania se había estado preparando para ser absorbida no sólo por la UE sino, sobre todo, por la OTAN. Al detener este proceso de integración ucraniana en las fuerzas militares atlánticas, el imperialismo moscovita planteó a los imperialistas estadounidenses y europeos el problema de si llegar a apoyar a la Ucrania de Zelensky hasta el punto de una confrontación militar directa con Rusia o abstenerse de asediar a Moscú hasta sus mismas murallas. Que ni Estados Unidos ni los europeos tenían intención de chocar militarmente con Rusia -de cuyo poder nuclear son muy conscientes- era evidente desde el principio, pero estaban convencidos de que podían conseguir el objetivo de debilitar a Rusia económicamente, y por tanto políticamente, por otros medios; por ejemplo, mediante sanciones económicas ya en vigor en cuanto los tanques rusos cruzaron la frontera ucraniana, y mediante el apoyo financiero y militar a Ucrania en una guerra preparada ya desde la anexión rusa de Crimea en 2014. El problema era convencer a *los ucranianos* de ir a la guerra contra los *rusos*, y no solo en el terreno político y electoral (como demostró el Euromaidán en el invierno de 2013-14 y el posterior ascenso al poder de Zelensky en 2019), sino también en el terreno militar poniendo a sus propios soldados, a su propia mano de obra proletaria, a su propio pueblo, en defensa de los «valores occidentales» y los intereses euro-americanos. Tras el primer mes de guerra, a principios de abril de 2022, los generales ucranianos se dieron cuenta de que las fuerzas armadas rusas desplegadas eran difíciles de detener y que el futuro próximo que se dibujaba podía ser desastroso para la población no sólo y no tanto del Donbass sino de Ucrania en su conjunto, hasta el punto de empujar al Gobierno de Zelensky a buscar un compromiso con Moscú (que insistía en el concepto de una operación militar especial en defensa de los rusos

étnicos del Donbass y Crimea sometidos a discriminación y violencia por parte ucraniana, a pesar de los acuerdos de Minsk propugnados por Merkel y Hollande) para salvar al país de las desastrosas consecuencias de una guerra prolongada.

Según los medios internacionales, la intervención inmediata del británico Boris Johnson, en nombre también de Biden, para impedir que Zelensky acordara con Putin el fin de su operación militar especial, tuvo éxito porque le garantizó un apoyo económico, financiero y militar total (como si fuera miembro de la OTAN) aunque no hubiera intervención directa de tropas de la OTAN. Evidentemente, Zelensky se dejó convencer tan fácilmente por estas promesas que pudo contar con ellas a lo largo de los tres años de guerra en los que no dejó de entonar el estribillo «hasta la victoria» que los políticos europeos siguieron apoyando hasta... anteayer. Luego vinieron las elecciones americanas, con Biden noqueado por su propio físico y Trump en plena revancha recuperando la Casa Blanca echando por tierra todos los designios y perspectivas que la administración Biden había ideado para... aterrizar en Rusia.

Mientras tanto, los Estados que desde noviembre de 2022 se habían ocupado de formular «planes de paz» (empezando por el propio Zelensky, supervisado por Biden, y siguiendo por Indonesia, China, Brasil, Sudáfrica, etc.) han demostrado, de hecho, que ocultan con palabrería, útil sólo para engañar a la «opinión pública», la realidad del enfrentamiento bélico en el que están en juego intereses mucho más amplios e «inconfesables», que conciernen al futuro posicionamiento de las fuerzas imperialistas con respecto al enfrentamiento bélico mucho más elevado y «decisivo» relativo al nuevo orden mundial, hacia el que apuntan inevitablemente todas las grandes potencias imperialistas del mundo, en primer lugar Estados Unidos y China. El marco en el que se jugará el nuevo orden mundial imperialista no dependerá ciertamente de la Ucrania de Zelensky, que volverá a ser -como lo ha sido desde su independencia en 1991- un peón entre muchos en el tablero europeo, aunque en estos tres años de guerra haya desempeñado, a su pesar, la función de punto delicado en las relaciones ruso-estadounidenses, creyéndose la aguja de la balanza. Hoy está más claro que ayer -pero ya lo habíamos anticipado en nuestros artículos- que Estados Unidos sigue tratando a Europa como a un aliado subordinado y no como a un igual, a explotar en todas las ocasiones (de paz y de guerra); a buscar las diversas formas de desligar a Rusia de su alianza con China y convertirla en su propio «aliado» (como ocurrió en la Segunda Guerra Imperialista Mundial y después de la Segunda Guerra Mundial por el control compartido de Europa); dedicar sus planes futuros -económicos, fi-

nancieros, políticos y militares- a reforzar sus posiciones en el probable enfrentamiento bélico mundial con China, porque es a esta potencia imperialista a la que realmente teme Estados Unidos. En su manera brutal e irreverente hacia amigos y enemigos por igual, Trump está revelando en verdad cuáles son realmente las cuestiones decisivas del mañana para el imperialismo estadounidense: atraer a Rusia a su lado para cubrir el frente de guerra europeo significa poder dedicar la mayor parte de sus fuerzas a contender con el expansionismo chino a través del Pacífico hasta América Latina y el Océano Índico. Que los intereses de los imperialismos europeos sean pisoteados con este designio importa relativamente poco a Washington. Estos intereses ya han sido pisoteados durante mucho tiempo, después de la Segunda Guerra Mundial, al encauzarlos en el Plan Marshall, en la reconstrucción de posguerra, en la OTAN, en la división de Europa -y especialmente de Alemania-, en un Occidente dirigido por Estados Unidos y un Oriente dirigido por Rusia y, en la actualidad, al privar a los miembros europeos de la OTAN del famoso paraguas militar y nuclear, después de haberlos desangrado y desarmado para que apoyaran financiera y militarmente a Ucrania en una guerra que, de haber tenido un resultado favorable para Occidente, habría constituido una victoria principalmente para los estadounidenses; pero que al tener un resultado favorable para Rusia constituye, de hecho, una derrota para la Unión Europea, por lo tanto, una doble «victoria» para Washington.

¿Por qué una doble victoria para Washington? Porque los numerosos paquetes de sanciones contra Rusia han perjudicado más a las economías de los países europeos que a las de Rusia (y no sólo en términos de precios mucho más elevados para el gas natural que ya no procede de los gasoductos rusos), porque han aportado una ventaja indiscutible a las exportaciones estadounidenses, por ejemplo, de gas natural licuado, a las que los europeos han tenido que recurrir para no bloquear su máquina de producción. No es la primera vez que Estados Unidos utiliza el arma de la escasez de combustible en Europa para imponer su dependencia de Estados Unidos (1). Mientras tanto, los suministros de armas a Ucrania han vaciado los arsenales europeos, obligando a los países de la UE a depender aún más de las industrias armamentísticas estadounidenses para reponer su propio armamento, dando así a EEUU una herramienta más de chantaje al obligar a los europeos a sangrar por su propio rearme. Al retirar gran parte de su cobertura financiera a la OTAN, EE.UU. está obligando a los países europeos a aumentar sustancialmente la parte del PIB que dedican a la OTAN, la cual, sin dejar de estar firmemente en manos de EE.UU., está obligando a los distintos gobiernos a recortar las cuotas presupuestarias de sanidad, administración pública, bienestar, ayuda social a las familias pobres, etc., etc., para destinar cientos de miles de millones al rearme.

(sigue en pág. 8)

Ucrania: un trago...

(viene de la pág. 7)

En la guerra ruso-ucraniana, esto conduce a un giro completamente proestadounidense y, en cierta medida, proruso, en detrimento de los intereses europeos, giro del que la Unión Europea sufre las repercusiones sin tener ninguna posibilidad de cambiar su trayectoria. La Unión Europea es una asociación de Estados competidores que han encontrado, sí, en el euro y en el «mercado común» una serie de facilidades para el comercio interior y para la circulación de sus capitales, pero no una política única, ni una fuerza militar única, ni mucho menos una estructura económica única; una asociación que aspira a ser reconocida como un único Estado centralizado, pero que no lo es, ni lo será nunca. Las relaciones de poder entre Estados que se han creado en el desarrollo histórico del capitalismo en Europa y en el mundo están destinadas a cambiar no mediante acuerdos económicos o diplomáticos, sino mediante enfrentamientos económicos y militares. En su trayectoria histórica, el capitalismo se desarrolla de forma desigual en los distintos países y zonas del mundo. Esto no significa que los países económicamente atrasados de principios del siglo XX estén destinados a permanecer atrasados para siempre, ya que el capitalismo, al crear nuevos mercados y fortalecer los antiguos, no hace sino desarrollar el capitalismo incluso allí donde antes estaba casi ausente, o presente en formas muy atrasadas. A medida que la economía capitalista se desarrolla, crea y desarrolla la clase proletaria, una fuerza de trabajo arrancada del atraso rural y dispuesta a la fuerza para ser utilizada en fábricas no sólo nacionales sino también de otros países. Así como el capital circula por el mundo, la fuerza de trabajo de cualquier nacionalidad circula por el mundo, constituyendo, a través de su lucha, uno de los problemas históricos más agudos que las burguesías han tenido, tienen y tendrán que enfrentar. Ciertamente -a falta de la victoria de la revolución proletaria internacional cuando, sobre la ola de la victoriosa revolución bolchevique de 1917, el movimiento proletario internacional podría (y un día lo hará) desquiciar el sistema económico capitalista y sus innumerables contradicciones y desigualdades- el capitalismo, en ciertas zonas del mundo, ha permitido que ciertos Estados, como China, India, Indonesia, Brasil, etc., se vuelvan cada vez más poderosos. (Densamente poblados, con abundante mano de obra asalariada, ricos en recursos minerales y naturales, e impulsados por la misma necesidad que las economías más avanzadas de desarrollar sus mercados y aparatos productivos) se desarrollan ya bajo el paraguas típico del capitalismo moderno y tendencialmente imperialista). Así, no sólo las viejas potencias imperialistas, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Holanda, Rusia, sino también las nuevas potencias imperialistas, Estados Unidos desde el siglo XX y, en este siglo, China, chocan inevitablemente en un mer-

cado mundial que nunca garantiza la colocación plena y satisfactoria de todas las mercancías producidas y de todos los capitales acumulados. Cuanto más se desarrolla el capitalismo, más se desarrollan y exacerban sus contradicciones; cuanto más se concentra el capital, formando monopolios cada vez más gigantescos, más se acumulan los factores de confrontación internacional. El mercado mundial de repente se vuelve pequeño, restringido, las mercancías y los capitales ya no encuentran salidas, la crisis económica se convierte en la norma, la guerra con su destrucción se convierte en la salida, y cuanto más extensa sea la destrucción, más la reconstrucción será una bendición para los capitalismos más fuertes y mejor equipados. El nacionalismo, la soberanía territorial, los regímenes democráticos, la libertad de comercio y de empresa, la libre circulación de capitales y personas, el Estado de derecho, todo adquiere de repente una dimensión ajena a la cruda realidad de la dictadura del capitalismo: sólo cuentan la fuerza y la violencia, ¿y qué hay más fuerte y violento que la guerra? Cuando fracasan los acuerdos diplomáticos y comerciales, intervienen el chantaje y la fuerza militar. Este es el panorama que se dibuja desde la Segunda Guerra Mundial Imperialista que, durante treinta años, permitió a Europa producir, comerciar y explotar el trabajo asalariado autóctono e inmigrante sin especiales sobresaltos económicos y sociales, pero que desde la crisis general de 1973-75 y, sobre todo, el hundimiento de la URSS en 1989-91 ha cambiado, poniendo en cuestión todas las relaciones interestatales anteriores, preparando la política exterior de los distintos Estados que, inexorablemente, se convierte en acciones bélicas de nuevo en el corazón histórico del capitalismo: en Europa.

...y, en particular, en los últimos treinta años

El colapso de la URSS, la reunificación de Alemania y la guerra de Yugoslavia en los años 90, rompieron definitivamente la paz comercial en Europa, una paz «garantizada», en cierto sentido, por el dominio ruso-americano en Europa tras la Segunda Guerra Imperialista Mundial, y por la fortísima depresión de la lucha de clases proletaria generada por la contrarrevolución estalinista por la que el proletariado, no sólo en Europa sino en todo el mundo, quedó totalmente plegado a los intereses del capitalismo, totalmente doblegado a los intereses del capitalismo, mientras que, en el resto del mundo, junto al desarrollo económico del capitalismo en vastas zonas antes atrasadas, se recreaban situaciones de fuertes contrastes interimperialistas en las que, además de estos contrastes, las luchas anticoloniales en Asia y África poniendo a prueba el dominio de las viejas potencias coloniales. Pero estaba escrito en la historia del desarrollo del imperialismo capitalista que la recuperación económica y la expansión tras la inmensa destrucción de la Segunda Guerra Mundial volverían a poner en la balanza internacional de poder todos los elementos característicos

de los contrastes económico-políticos y militares entre las viejas y las nuevas potencias imperialistas

Indiscutiblemente, los Estados Unidos de América -los verdaderos vencedores de la Segunda Guerra Mundial- salieron florecientes de una guerra que no tocó suelo americano y que permitió al capitalismo yanqui dominar el mundo con su poderío industrial, financiero y militar, convirtiendo en deudores a todos los grandes países del mundo. Pero Estados Unidos tuvo que contar, tarde o temprano, con otros polos imperialistas que entretanto, a lo largo de décadas, se habían formado y desarrollado también con la contribución del capital estadounidense, sin olvidar a la Alemania reunificada en Europa y a Japón, mientras la lejana China se proyectaba para convertirse en una superpotencia incontenible.

Dejando a un lado el mito de la vieja Europa como antigua dominadora del mundo, el hecho es que en Europa se concentran fuerzas capitalistas dirigentes que, en su propia área continental, constituyen no sólo fuerzas productivas y financieras de gran importancia mundial, sino al mismo tiempo una salida al mercado para todos los países capitalistas grandes y pequeños, incluidos los de fuera de Europa. La segunda guerra imperialista mundial, a pesar de que las viejas potencias occidentales, Gran Bretaña y Francia, y, junto a ellas, Rusia (ya plenamente contrarrevolucionaria) también salieron victoriosas, decretó la supremacía indiscutible de Estados Unidos hasta tal punto que sometió a Europa occidental a sus propios intereses específicos compartidos durante mucho tiempo con Rusia para la parte oriental de Europa. El Atlántico, de ser un océano que separaba América de Europa, se convirtió en un puente que unía Estados Unidos a Europa occidental en una alianza no entre iguales, sino que sancionaba la supremacía de Washington sobre Londres, París, Berlín y Roma; una alianza que también era militar, con la OTAN, que, tras el colapso de la URSS, llegó hasta Varsovia y luego se extendió en una especie de larga bisagra que corría hacia el sur, desde Helsinki hasta Kiev y Odessa.

Ucrania, que se independizó en agosto de 1991, no podía seguir siendo una tierra *neutral*, ni desde el punto de vista de los intereses estratégicos de Washington (y de Londres, su aliado europeo de mayor confianza), ni desde el de los intereses económicos y políticos de las potencias imperialistas europeas, ni, menos aún, de los de Moscú que, en el espacio de veinte años, se encontró cercada: al oeste y en el Artico por una Europa americanizada, al este por una China que había vuelto a ser «amiga», pero traicionera como todos los «amigos» imperialistas, por un Japón, enemigo histórico y aún servil a Washington, y, al otro lado del Pacífico, por Estados Unidos, mientras que al sur tenía que lidiar, y sigue teniendo que hacerlo, con la perenne inestabilidad de Oriente Próximo y Oriente Medio, con las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso y Asia Central, cada vez más atraídas por el mercado europeo y el dólar, y con India, el próximo gigante asiático más

inclinado a formar una alianza con Washington, al que puede ofrecer el dominio del océano Índico, que con Pekín o Moscú, con los que comercia gustosamente pero es poco probable que ate su propio destino en una guerra mundial.

La Unión Europea, con tracción franco-alemana, llevaba tiempo intentando atraer a Kiev a su red económica y política, tratando de apartarla de los intentos rusos, declarados o no, de convertirla en tierra de conquista. Las elecciones libres y democráticas que dieron la victoria en dos ocasiones a Janukovyč -quizás el único representante de una Ucrania ilusoriamente equidistante de Moscú y de la OTAN, pero a la que se hizo pasar por una marioneta en manos rusas- fueron impugnadas por la Unión Europea con las habituales acusaciones de fraude e injerencia rusa, excitando también a una parte de la población en función antirrusa, como en las protestas del *Euromaidán* de 2013-2014 en las que participaron los grupos ultranacionalistas de extrema derecha que también fueron responsables de la masacre del 2 de mayo de 2014 en Odessa durante una manifestación de apoyo a Janukovyč. Tras la caída de Janukovyč, en febrero de 2014, Kiev inició una «guerra» de facto con las poblaciones de etnia rusa del Donbass y Crimea, contra las que adoptó una actitud cada vez más discriminatoria; Crimea, en un referéndum celebrado en marzo de 2014, proclamó su anexión a Rusia, mientras que las regiones de mayoría étnica rusa de Donetsk y Luhansk, en mayo del mismo año, proclamaron su independencia de Ucrania colocándose bajo el protectorado de Rusia. Era obvio que la anexión de Crimea solo sería reconocida por Moscú, y que con la independencia de las dos regiones del Donbass sucedería lo mismo (oficialmente en febrero de 2022, pocos días antes de la invasión militar). Durante ocho años, desde 2014, tuvo lugar la llamada «guerra del Donbass», en la que los pronazis del batallón Azov y otros grupos de extrema derecha se distinguieron, bajo la protección del ejército ucraniano, por asesinatos y acciones terroristas contra la población civil rusoparlante. El enfrentamiento militar no podía dejar de estallar dados los intereses políticos y económicos contrapuestos entre una Ucrania que pretendía vincularse cada vez más estrechamente a Estados Unidos y a la Unión Europea y las regiones de etnia rusa, Crimea y Donbass, que pretendían defender su nacionalismo y localismo bajo la protección de Rusia. Democracia, libertad y soberanía nacional son conceptos que siempre esconden intereses burgueses de las distintas facciones que intentan defender y ampliar parcelas de poder y mercado y que en Ucrania siempre han estado encabezadas por los distintos oligarcas multimillonarios vinculados bien a Moscú, bien a Londres y Washington.

La paz imperialista en Europa que había surgido de la Segunda Masacre Mundial, hacia finales del siglo XX cerró dramáticamente su largo ciclo de expansión económica financiera posterior a la Segunda Guerra Mundial abriendo un nuevo ciclo de contrastes interimperialistas en la propia Europa. Si el siglo

XIX había sido el siglo en el que los contrastes entre las potencias capitalistas europeas se concentraron en el flanco euro-occidental, el siglo XX, al reforzarlos a escala mundial, los concentró en el flanco euro-oriental. El avance del imperialismo norteamericano, después de haber asegurado su dominio sobre la Europa atlántica, tuvo que dirigirse hacia el este, chocando inevitablemente con el imperialismo ruso al que, desde el hundimiento de la URSS, no ha dejado de arrebatar, uno a uno, sus antiguos satélites hasta las fronteras de la Federación Rusa. Después de haber incorporado a la OTAN a Hungría, Polonia y la República Checa en 1999, a Eslovaquia, Rumania, Lituania, Letonia, Estonia, Bulgaria y Eslovenia en 2004, a Croacia y Albania en 2009 y a los microscópicos Montenegro y Macedonia del Norte en 2017 y 2020, ¿qué quedó fuera de las garras de la OTAN en Europa del Este? Ucrania, precisamente, puesto que Bielorrusia ya estaba fuertemente vinculada a Moscú y, en los Balcanes, Serbia, el atormentado Kosovo y la igualmente inestable Bosnia Herzegovina, perennemente sometida a enfrentamientos nacionalistas y religiosos difíciles de regular.

En Ucrania en 2014, mucho más que en Yugoslavia en 1999, estaba en juego el destino de la política imperialista tanto rusa como euroamericana. Tanto Moscú como Washington tenían pocas opciones: o bien Ucrania se apartaba definitivamente de la mira imperialista de Moscú, y para ello intentos políticos, como el *Euromaidán*, podían no ser suficientes -y de hecho no lo fueron-, por lo que se preparaba, al mismo tiempo, la guerra contra Moscú, como de hecho ocurrió; o bien la propia Ucrania, negándose a convertirse en vasallo de Washington y Londres, se apresuraba a situarse bajo las alas protectoras de Moscú haciendo de su propia afinidad lingüística, cultural, religiosa e histórica una base sólida sobre la que construir una perspectiva menos lacerante. En realidad, a Ucrania no se le dio ninguna alternativa: los imperialistas de Washington y Moscú no tenían intención de dejar al pueblo ucraniano -tanto por la democracia y la «soberanía nacional» del país- la oportunidad de decidir su propio futuro: pretendían tomárselo todo o parte del camino, dejando que la confrontación armada decidiera qué escenario se materializaba.

Una guerra para Ucrania

Lo que estaba en juego no era un enfrentamiento armado entre la OTAN y la Federación Rusa, es decir, entre dos potencias nucleares, iniciando así la Tercera Guerra Mundial. Sin las tropas de la OTAN apoyando a las tropas ucranianas pro-OTAN contra las tropas rusas apoyando a las milicias ucranianas pro-rusas, la guerra quedaba confinada a Ucrania, pero ¿cuál era el resultado previsible? Por un lado la partición de Ucrania, por otro el debilitamiento de Europa por parte de EEUU, como escribimos en enero de 2023 (2).

Despreciar al enemigo, presentarlo

como más fuerte y agresivo de lo que es en realidad, es una maniobra propagandística que utilizan los gobiernos para hacer pasar su política belicista por una necesidad urgente de defensa. El hecho mismo de que, en el choque de intereses contrapuestos, el ejército ucraniano fuera utilizado sobre el terreno por los imperialismos europeo y estadounidense como el único «enemigo» del ejército ruso demostró, desde el principio, que no había intereses en juego que exigieran la solución más drástica y general, como una guerra mundial. Como hemos dicho repetidamente, los proletarios rusos y ucranianos fueron movilizados para una guerra local que tenía, por ambas partes, un doble objetivo para el imperialismo ruso, imponer por la fuerza el control sobre una zona de Ucrania -Crimea y el Donbass- que siempre ha constituido un puesto estratégico en el Mar Negro y desplegar todo el país en apoyo de sus intereses imperialistas; para los imperialismos europeo y, en cierta medida, estadounidense, cercar también por el sur a la Federación Rusa y, al mismo tiempo, por parte de Washington, debilitar a la Unión Europea para doblegarla aún más a los intereses globales del imperialismo estadounidense.

¿Conquistar toda Ucrania o su parte rusoparlante era una cuestión de vida o muerte para el imperialismo ruso, tanto como para arriesgarse a desencadenar una guerra mundial? Ciertamente no, pero, como para cualquier potencia imperialista, dominar o controlar un territorio económico estratégico -y Ucrania lo es- es un objetivo importante para el que, sobre todo si tiene la misma importancia para los imperialismos opuestos, también se debe utilizar la fuerza si los medios políticos, económicos y corruptivos no fueran suficientes para el propósito.

La táctica adoptada por Washington y Londres parece haber sido empujar a Rusia a dar el primer paso, invadir Ucrania, y convertir al ejército ucraniano, a sus batallones nazis y a su población en carne de cañón en defensa de los intereses imperialistas occidentales. Por supuesto, Washington y Londres tenían que encontrar un gobierno en Kiev que les siguiera la corriente y aplicara su estrategia, y lo encontraron, tras varios intentos, en el gobierno de Zelensky en el poder desde 2019.

En tres años, la guerra no ha parado, a pesar de que, según los informes de los medios de comunicación, podría haber cesado a uno o dos meses de su comienzo -como parecía por las negociaciones iniciadas entre Zelensky y Putin a principios de abril de 2022, después de que largas columnas de tanques rusos se dirigieran hacia Kiev- pero, tras las extensas promesas de Boris Johnson (en nombre de Estados Unidos y de la OTAN), catapultó especialmente hacia Kiev un fuerte apoyo económico, financiero y militar de los países de la OTAN «hasta la victoria sobre Rusia».

Resumiendo, ¿cuál es la situación hoy?

He aquí algunas cifras. De un total aproximado de 400.000 millones de euros destinados a Ucrania, los países de la UE

(sigue en pág. 10)

Ucrania: un trago...

(viene de la pág. 9)

han asignado 202.600 millones de euros, mientras que Estados Unidos ha destinado 119.000 millones; entre los mayores fondos están los 27.200 millones del Reino Unido, los 15.000 millones de Noruega y los 12.400 millones de Canadá. De los 202.600 millones de euros, 132.300 millones se han desembolsado hasta ahora sumando la UE, el Reino Unido, Noruega, Islandia y Suiza, mientras que Estados Unidos ha desembolsado 114.150 millones (3). Como se ha mencionado anteriormente, los países europeos han vaciado gran parte de sus arsenales, no solo de armamento antiguo, sino también de armamento de tecnología avanzada, lo que les pone en grandes dificultades, especialmente desde que el nuevo presidente de EEUU, Trump, ha lanzado un plan para disminuir drásticamente el compromiso financiero de EEUU con la OTAN «en defensa» de Europa, dedicando la mayor parte de sus recursos financieros a contrarrestar el avance imperialista de China, desplazando el centro de los contrastes interimperialistas del Atlántico al Indo-Pacífico.

Pero otro hecho de particular interés para los comunistas y proletarios revolucionarios se refiere a la elevadísima contribución de sangre derramada en esta guerra tanto por los proletarios rusos como por los ucranianos. Las diversas fuentes dan cifras bastante contradictorias, especialmente las de los ucranianos y los rusos, que tienen todo el interés en reducir significativamente el número de sus propios muertos y heridos; en cualquier caso, independientemente de lo que afirmen los principales estados respectivos y los diversos medios de comunicación (*Wall Street Journal*, la *BBC*, el sitio web independiente *Mediazona*, el *New York Times*, etc.), todas las cifras apuntan a un millón de muertos y heridos, con un número mayor para los rusos que para los ucranianos, sin contar las bajas civiles (4). Como siempre, en toda guerra burguesa son las masas proletarias las que se ven obligadas a ser masacradas en los distintos frentes, tanto si la guerra se libra con tácticas y medios convencionales -en las trincheras o casa por casa como en Bachmut, Mariupol, Pokrovsk y otros cientos de pueblos y ciudades- como con medios tecnológicos avanzados, desde misiles de largo alcance hasta drones que destruyen hospitales, escuelas, edificios civiles, granjas, almacenes de combustible o agrícolas, etc.

La masacre sistemática de soldados a ambos lados del frente va acompañada de otro fenómeno inevitable: el de los refugiados en el extranjero y los desplazados internos. Según la organización de las Naciones Unidas, ACNUR, (5) hasta la fecha, de los más de 42 millones de habitantes, casi 11 millones de ucranianos se han visto obligados a abandonar sus hogares; 6,9 millones han huido al extranjero, 3,7 millones son desplazados internos dentro de Ucrania; la mayoría, el 76%, son mujeres y

niños, mientras que los hombres están sometidos a la ley marcial.

Trump, el hombre imperialista de la paz

Ahora es evidente, y declarado, que la política de Trump tiende a deshacerse del compromiso estadounidense con Ucrania que asumió la presidencia de Biden, favoreciendo en cambio la reanudación de las relaciones directas con Moscú, por encima de las cabezas, no sólo y no tanto de Zelensky, como de todos los gobernantes europeos. La agenda del «fin de la guerra» nunca estuvo en manos de Ucrania, ni siquiera en manos de la UE, a pesar del júbilo con la que todos los dirigentes europeos siguieron, tras los estribillos sobre la guerra «justa», parlotando sobre la «paz justa». La algarabía sobre el apoyo a Ucrania hasta expulsar a los rusos del territorio ucraniano, reiterada una y otra vez tanto en la ficticia contraofensiva» de otoño de 2023, que supuestamente haría avanzar a las tropas de Kiev para retomar las provincias del Donbass ocupadas por los rusos, como en los diversos ataques también en territorio ruso y en el Mar Negro, resultó ser una gigantesca broma. Además, ha demostrado una voluntad criminal de que cientos de miles de soldados y civiles ucranianos sean masacrados con el único fin de mantener en alto la bandera de un nacionalismo entregado, desde el primer momento, a los intereses de poder tanto de los imperialismos nacionales como de los europeos y estadounidenses de los que, una vez «acabada» la guerra y puestos en la balanza los cientos de miles de muertos ucranianos, saldrán ganando las facciones burguesas pro OTAN.

Ya es un hecho: los primeros movimientos de Trump han dejado fuera de juego en poco tiempo a europeos y ucranianos, y han construido una mesa de negociación para poner fin a la guerra en la que los protagonistas son sólo Trump y Putin, la Casa Blanca y el Kremlin, y sus intereses imperialistas concretos. Los líderes europeos, seguros de poder estar presentes como un tercer actor en la mesa de negociaciones, dados los miles de millones gastados y el armamento suministrado para apoyar la «causa ucraniana», y obtener de ello importantes ventajas económicas y políticas, han tenido que tragarse el trago amargo de quedar excluidos de las decisiones finales. Sólo les queda esperar que, a la sombra de las negociaciones ruso-estadounidenses, aparezca alguna ventaja secundaria para ellos también, quizás en el negocio de la reconstrucción del país -se ha calculado que se necesitan unos 500.000 millones de euros para reconstruir viviendas, infraestructuras energéticas y de transporte, servicios y relanzar la economía del país, miles de millones destinados a aumentar si el conflicto continúa (6). La otra pequeña sorpresa que Trump reservó a los europeos fue exigir a Ucrania la concesión exclusiva del 50% de las *tierras raras* del subsuelo ucraniano. Como es bien sabido, los minerales contenidos en las llamadas «tierras raras» son indispensables para la industria de la tecnología avanzada (ordenadores, smartpho-

nes, baterías y tecnologías energéticas de vanguardia) y el interés estadounidense es aumentar la competitividad frente a China, que actualmente controla el 70% de la capacidad minera mundial de tierras raras y el 90% de la capacidad para su procesamiento (7). El subsuelo ucraniano, de hecho, es muy rico en muchos minerales y metales indispensables para la industria moderna, para cuya extracción y procesamiento son necesarias inversiones considerables; inversiones que sólo las grandes potencias financieras pueden permitirse y es con esto con lo que cuenta Trump, además de que es el único que puede acordar con Rusia el «fin de la guerra» y decidir canalizar cuantiosas inversiones hacia territorio ucraniano. Pero las tierras raras ucranianas están desperdigadas y cerca del 50% de ellas se encuentran en los territorios ocupados por Rusia, que ya ha puesto sus garras en ese tesoro y seguramente no lo dejará a disposición de Trump y de ningún Zelensky. En la negociación con Rusia que Trump tiene en mente no puede faltar este capítulo, cuya gestión recaerá seguramente en la cabeza de Zelensky, mientras que los europeos están, como se ha dicho, fuera de juego.

La «paz» que se avecina, como escribimos en el número anterior de nuestro periódico en italiano (8), es una paz imperialista, por tanto no una paz duradera gracias a la cual desaparezcan los factores que determinaron este conflicto, sino una tregua de la guerra en la que las causas del conflicto se «suspenden» dando espacio a intereses más inmediatos relacionados con la recuperación económica y una vida social menos convulsa y lacerada, pero en la que se construyen los factores de competencia imperialista que inevitablemente, en un período posterior, volverán a fomentar disturbios y enfrentamientos militares. Lo que ocurrirá a partir de ahora tiene que ver más con *el cómo* que con *el cuándo* poner fin a esta guerra, y el *cómo* sólo puede ser imperialista, por lo tanto opresivo desde todos los puntos de vista. La burguesía ucraniana, encabezada por Kiev, será derrotada, y sin duda se vengará -como siempre ocurre con las burguesías vencidas en la guerra- de su propio proletariado, explotándolo y aplastándolo aún más que antes de la guerra con el pretexto de que la «economía nacional debe recuperarse» y no dejará de atizar el odio nacionalista hacia Rusia y los ucranianos rusoparlantes. La paz burguesa no será una paz real para los proletarios ucranianos, y ni siquiera para los proletarios rusos, aunque el Kremlin les haga partícipes de las glorias de una paz que se hará pasar por una victoria contra el nazismo ucraniano y contra la unificación de Ucrania con la OTAN enemiga.

El futuro de los proletarios de Ucrania y Rusia nunca puede ser de paz y bienestar social; su posguerra estará marcada por la explotación y la opresión asalariada tanto o más que la preguerra, entre otras cosas porque tendrán que hacer frente a una crisis económica que el sistema capitalista es incapaz de revertir, salvo temporalmente. Su futuro, como el de los proletarios de Europa y América, es particularmente duro por-

¿Por qué nos llamamos PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL?

En la reunión del partido celebrada a mediados de diciembre del año pasado en Trento, quisimos responder a la pregunta que a menudo nos hacen lectores y críticos: *os declaráis comunistas, está bien, pero sois cuatro gatos, ¿qué sentido tiene llamaros partido, y además internacional?*

A lo largo de las décadas, se han planteado a menudo preguntas de este tipo a nuestro Partido; preguntas sobre su naturaleza y su funcionamiento, a veces con el objetivo de comprender mejor nuestras posiciones, a veces con el propósito mal disimulado de criticarnos. Puede ser útil reiterar la forma en que, a lo largo de los años, el Partido ha llegado a responder a estas preguntas con el objetivo de ayudar a caracterizar mejor y públicamente nuestro trabajo. La discusión política con nuestros adversarios -que a menudo degenera en sofismas vacíos cuando se trata de partidos burgueses o falsamente proletarios- tiene también la utilidad de hacer más claras y nítidas nuestras posiciones invariables, sin que ello suponga nunca un cambio en el rumbo trazado por el programa histórico de la clase proletaria. Este rasgo constituye un argumento de valor suficiente para dar un breve espacio a la presente discusión.

En primer lugar, se nos preguntó por

qué adoptamos el nombre de Partido Comunista Internacional. Hay tres partes de este nombre que deben ser aclaradas: 1) Partido; 2) Comunista; 3) Internacional. En el informe de la reunión anterior (1) mostramos en qué se diferencia históricamente el partido proletario de clase de otros partidos políticos, caracterizando sus rasgos generales.

Es importante aclarar por qué, en la situación actual, seguimos reivindicando el nombre de Partido, a pesar de las limitadas fuerzas de que disponemos. En efecto, convencidos de la necesidad de una verdadera adhesión profunda a las posiciones y métodos del Partido, hemos repudiado toda manía activista de engrosamiento forzado de nuestras filas. Otros, en nuestro lugar, quisieron tomar los confusos nombres de Grupo, Tendencia, Movimiento o quién sabe qué otra unidad política informe que no se limitaba por las estrictas reglas estratégicas y tácticas de un verdadero partido. ¿Por qué no nos hemos pasado también nosotros a esas denominaciones?

En realidad, la respuesta es sencilla. Más que por alguna imagen formal de grandiosidad, el partido ha conservado esta designación para reivindicar su función históricamente.

En nuestra prensa, hablamos de partido histórico y partido formal no por casualidad: si es cierto que el partido de

la clase proletaria es aquella organización que responde al programa histórico de una parte organizada de la sociedad en oposición al conjunto de la burguesía (es decir, la clase proletaria), entonces es evidente que aquellas fuerzas físicas que se refieren y defienden a este partido histórico deben ser definidas como el partido formal. Este partido tendrá altibajos, aumentará o disminuirá en número, será temporalmente más o menos influyente, pero inexorablemente, a medida que se desarrolle la lucha de clases, seguirá estando programáticamente destinado a dirigir la revolución proletaria. Es por tanto necesario por nuestra parte reivindicar nuestra organización como Partido porque es parte integrante de nuestra actividad teórica y política ligada a la historia real del Partido Comunista Internacional de ayer; es decir, reivindicar lo que hemos sido, lo que somos y lo que representamos no sólo hoy, sino sobre todo en perspectiva. La crisis explosiva de 1982-84, que redujo considerablemente nuestras fuerzas físicas, ha perfeccionado en verdad nuestra capacidad de defender el rumbo correcto, gracias al gran balance realizado, necesario entonces y ahora para continuar un trabajo político serio como comunistas revolucionarios.

El Partido se define comunista por la estrecha continuidad con la doctrina de Marx y Engels, reafirmada por Lenin y por la Izquierda Comunista de Italia. Es una visión completa de la historia del

(sigue en pág. 12)

Ucrania: un trago...

(viene de la pág. 10)

que han estado demasiado acostumbrados a contar con garantías económicas y sociales que estaban, y siguen estando, basadas en la opresión de los pueblos y países más débiles por sus respectivos imperialismos, opresión gracias a la cual sus respectivos imperialismos han conseguido, y siguen consiguiendo, conceder a sus proletarios privilegios (salarios, vivienda, pensiones, asistencia médica, etc.) con los que los proletarios de los países dominados sólo pueden soñar. La salida a la explotación, la miseria, la incertidumbre vital y la guerra es exactamente la contraria a la colaboración de clases que toda burguesía exige y reclama a sus proletarios: la lucha de clases en defensa de los intereses inmediatos y futuros del proletariado, reconociendo el antagonismo de clases que opone toda burguesía a todo proletariado y que la burguesía aplica constantemente en defensa de sus intereses de clase inmediatos y futuros. Por lejana que pueda parecer hoy esta salida, es la única que puede tomar el proletariado, en cada país, para luchar en el mismo terreno en el que la burguesía lucha sistemáticamente, cada día, contra el proletariado; y es el único

terreno en el que es posible construir la solidaridad de clase entre los proletarios, esa solidaridad de clase que impide a las respectivas burguesías atrincherarse en sus propias guerras de competencia y conflictos armados.

Serán los estadounidenses y los rusos quienes dicten los términos, ellos son los que tienen que encontrar un terreno común y esto sólo puede ir en detrimento de Ucrania, que podrá volver a regocijarse en su «independencia», su «soberanía territorial» y una recuperación económica y «pacífica» en un territorio unilateral en comparación con 1991. Podría acabar, probablemente, como en 1953 entre Corea del Norte y Corea del Sur, con una línea roja que ninguna de las partes debería cruzar; sin embargo, es más probable que se parezca a una separación siempre a punto de estallar, no aceptada ni por los ucranianos del Donbass ni por los rusófonos del Donbass, y en la que los rusos podrían comportarse como los israelíes con los territorios palestinos. La paz ruso-ucraniana será más una tregua de guerra que un período de desarrollo pacífico de cualquiera de los dos países.

22 de febrero de 2025
Partido Comunista Internacional

Notas:

(1) Sobre el tema de la escasez de petróleo y productos petrolíferos, véase *La «bella epoca» dell'imperialismo USA*, en «il programma comunista» n. 4 del 1957..

(2) Véase *Ucrania, ¿Corea del siglo XXI?*, «El Proletario» n° 29, mayo de 2023, y *La guerra de Ucrania sirve a EEUU para debilitar a Europa*, en el número 176 de «Il Comunista».

(3) <https://www.linkiesta.it/2025/02/aiuti-ucraina-dati-europa-italia-stati-uniti/>, con fecha de 19 de febrero de 2025

(4) <https://tg24.sky.it/mondo/2024/11/18/morti-guerra-ucraina-russia>;

(5) <https://www.unhcr.org/it/notizie-storie/storie/guerra-in-ucraina-la-risposta-umanitaria-dellunhcr/2024>.

(6) https://www.lastampa.it/esteri/2025/02/20/25/02/20/news/ucraina-ricostruzione_500_miliardi-15013239/

(7) <https://www.lastampa.it/esteri/2025/02/20/25/02/10/news/terre-ucraine-quadripartite-stato-de-fim-giuph-temp-14993264/>

(8) Véase «Il Comunista» n° 184, diciembre de 2024, *Guerra russo-ucraina: pace imperialista all'orizzonte...*

¿Por qué nos llamamos PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL?

(viene de la pág. 11)

mundo, de las sociedades que se han sucedido a lo largo de los milenios y se adhiere completamente al objetivo histórico del comunismo, por tanto de la sociedad sin clases, de la sociedad de especies, pasando por la revolución proletaria internacional para la dictadura del proletariado ejercida por su partido de clase, el Partido Comunista Internacional. Bajo este nombre reivindicamos, pues, la continuidad con la obra de Marx y Engels en la Primera Internacional, con la Comuna de París, con el bolchevismo de Lenin en la Segunda Internacional, con la Revolución de Octubre, la dictadura proletaria de Lenin, con los fundamentos teóricos, programáticos, políticos, tácticos y organizativos de los dos primeros congresos de la Internacional Comunista, y con la lucha contra cada una de sus claudicaciones y cada una de sus desviaciones hasta su desnaturalización y subversión por el estalinismo. Más precisamente, nos referimos a la Izquierda Comunista de los años 1918-1926 (y aún más precisamente, a la llamada Izquierda Comunista «italiana»), a la fundación del Partido Comunista de Italia y a su dirección por la Izquierda Comunista de Italia. La degeneración estalinista del partido bolchevique y de la Internacional Comunista, unida a la ausencia de revolución proletaria en Europa occidental y al consiguiente aislamiento del poder proletario y comunista en Rusia facilitó la reacción contrarrevolucionaria de las potencias imperialistas (democráticas y fascistas) y el aplastamiento del movimiento revolucionario en Rusia, en China y en todo el mundo, llevando al movimiento proletario a abrazar la causa burguesa bajo las banderas del «antifascismo», la «recuperación de la democracia» y el nacional-comunismo. El partido de clase fue así completamente destruido, distorsionando el marxismo, a través de la teoría de la «construcción del socialismo en un solo país», desde la base. Ante tal desastre, los comunistas revolucionarios no tuvieron más remedio que asumir la tarea de rehacer el duro trabajo de restauración teórica del marxismo, como hizo Lenin en las dos primeras décadas del siglo XX, pero en un período histórico completamente desfavorable a la revolución proletaria. En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, a la tarea de restaurar la doctrina marxista se unió la de reconstituir el partido de clase sobre las sólidas bases teóricas y las del necesario balance dinámico de la contrarrevolución, tarea llevada a cabo

tenazmente en batallas de clase contra todas las desviaciones, principalmente contra el democratismo, el activismo y el indiferentismo. El marxismo revolucionario que perseguimos tiene por tanto todo el derecho y de hecho el deber de llamarse comunismo, sin ninguna preocupación y de hecho con orgullo, como dijeron Marx y Engels en su Manifiesto.

Por último, el partido es Internacional. Esto es así por varias razones. Por un lado, hay que reconocer que la reivindicación histórica de la expresión Partido Comunista Internacional es anterior incluso al cambio de nombre realizado en 1965 con la expansión a otros países de nuestro Partido (2): recordemos la intervención de Zinoviev sobre la necesidad de un Partido Comunista Mundial encarnado en la Internacional Comunista. Por otra parte, una vez aclarado en qué sentido reivindicamos el nombre de Partido Comunista (como lo reivindicaron Marx y Engels en 1848), hay que subrayar sin embargo que la reivindicación del comunismo no puede referirse a las fronteras de una nación; para el marxismo no existe el comunismo «nacional», es por su propia naturaleza internacional desde 1848 por Marx y Engels que, no por casualidad, escribieron el Manifiesto del Partido Comunista, por mandato de la Primera Internacional, sin ninguna declinación específicamente nacional. Sólo la clase burguesa está interesada en ensalzar los valores nacionales, recordando su pasado revolucionario; valores que el propio desarrollo internacional del capitalismo ha puesto continuamente en tela de juicio. La clase burguesa nace nacional, se convierte, más voluntarista que voluntarista, en una clase internacional impulsada por el modo de producción sobre el que descansa su dominación de clase, debido a las contradicciones cada vez mayores que caracterizan las relaciones burguesas de producción y propiedad, pero nunca pierde su carácter nacional. La clase proletaria, por el contrario, precisamente por ser la clase de los sin reserva, desposeídos de todo excepto de la fuerza de trabajo individual, es por su propia naturaleza internacional, porque su mercancía -precisamente la fuerza de trabajo- se vende a cambio de un salario en cualquier rincón del mundo.

Desde el punto de vista formal y organizativo, nuestro partido de ayer heredó el nombre de Partido Comunista Internacionalista del grupo de viejos camaradas de la Izquierda Comunista de 1921 que no habían sucumbido al estalinismo y que se proponían no sólo defender el patrimonio teórico y político de la Izquierda Comunista, como habían hecho durante el fascismo y la guerra, sino también reconstituir formalmente el

partido de clase que el estalinismo había destruido. El partido de ayer, en virtud de su red organizativa que se extendía desde Italia a varios países, decidió llamarse «PC Internacional», abandonando el término «PC Internacionalista» a los grupos que habían roto con el partido formado sobre la restauración teórica y el balance de la contrarrevolución estalinista en 1952 como Batalla comunista, y en 1964 como Revolución comunista, sobre bases activistas y democráticas. Pero a medida que el período contrarrevolucionario y la depresión generalizada del movimiento obrero se prolongaron durante décadas, el activismo, el contingentismo y el indiferentismo fueron factores de nuevas crisis que aterrorizaron al partido, hasta su crisis explosiva de 1982-84.

Hay otros grupos que, indebidamente, siguen utilizando el término 'partido comunista internacional' incluso después de su ruptura con nuestro partido de ayer. Durante décadas, desde la degeneración estalinista, partidos que habían transfigurado completamente el partido comunista revolucionario original siguieron llamándose a sí mismos 'partidos comunistas'; Esto les ha permitido mantener durante mucho tiempo una influencia decisiva sobre las masas proletarias de sus respectivos países, engañándolas sobre el verdadero significado del término comunista -por tanto marxista, revolucionario, antiburgués, antidemocrático, antirreformista, antiigualitario, antinacionalista, antipacifista-, equiparándolo con democrático, reformista, legalitario, nacionalista, pacifista. Pero su oportunismo contrarrevolucionario, aunque falsificó ampliamente el marxismo y su historia, no logró destruir la solidez de la teoría marxista, y por tanto del comunismo revolucionario, del mismo modo que ni Kautsky ni la socialdemocracia de la II Internacional lograron impedir la restauración teórica y política de Lenin. Las diversas tendencias oportunistas que representan los partidos y grupos autodenominados como «vinculados» a la Izquierda Comunista de Italia son, en realidad, un arma en manos de la clase burguesa dominante contra la que los comunistas revolucionarios -independientemente de que en un determinado período histórico desfavorable, aunque sea el actual, no sean más que un puñado de militantes cogidos de la mano (¿recuerdan a Lenin?) - tienen el deber vital de luchar para que, cuando la situación general madure los factores favorables a la lucha de clases proletaria y a su revolución, el núcleo de comunistas revolucionarios que se ha mantenido firme, durante el largo período contrarrevolucionario, sobre los fundamentos teóricos y programáticos del marxismo, re-

presente realmente el órgano indispensable para la conducción y la victoria de la revolución proletaria y comunista: el partido de clase, el partido comunista internacional.

Del mismo modo que no alteramos la reivindicación de la Dictadura del Proletariado, aunque desde el estalinismo el concepto marxista y leninista de Dictadura del Proletariado haya sido completamente desvirtuado, tampoco alteramos la reivindicación del Partido Comunista Internacional. Para nosotros no tenía ni tiene ningún sentido cambiar el nombre del partido tras su crisis de 1982-84: ¿qué otra definición podría tener el partido, tras la larga lucha contra el estalinismo y todas las variantes oportunistas posteriores, para representar la continuidad teórica, programática, política, táctica y organizativa si no Partido Comunista Internacional? Cada uno de estos términos representa una reivindicación tanto teórica como política. Será la historia de la lucha de clases la que dé su veredicto final: del mismo modo que en la Revolución de Octubre de 1917 los comunistas revolucionarios, los marxistas, llamados contingentemente «bolcheviques», lograron hacerse con la influencia decisiva no sólo sobre el proletariado ruso, sino sobre el proletariado internacional, mañana les sucederá a los comunistas revolucionarios que, en la larga lucha en defensa del marxismo, de la restauración por Lenin y de la herencia política de la Izquierda Comunista de Italia, habrán mantenido el rumbo contra todo viento en contra, contra toda ilusoria aceleración de la lucha revolucionaria mediante expedientes y claudicaciones oportunistas.

En 1952, el cambio de la cabecera del partido, de *Battaglia Comunista* a *Il Programma Comunista*, y en 1984, el cambio de la cabecera del partido, en Italia, de *Il Programma Comunista* a *Il Comunista*, sólo fueron motivados por las acciones legales burguesas implementadas contra el partido, que de ninguna manera invalidan la línea política que une al partido de hoy con el de ayer. Para disipar cualquier confusión, sin embargo, siempre hemos tenido cuidado de indicar cuáles de nuestros órganos y periódicos están en los diferentes idiomas, para que el origen de nuestro material esté siempre claro.

Reivindicar este nombre supone, sin duda, un gran peso sobre nuestros hombros, pero siendo conscientes de la inmensa tarea que la propia Historia plantea en la actual época de crisis periódicas cada vez más cercanas, cuyas convulsiones sacuden el mundo y preparan otra masacre belicista en la piel del proletariado, nos hemos sentido, y nos sentimos, obligados a adoptar una postura

aún más intransigente que la que se adoptó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esto significa, en lo que a nosotros respecta, perseguir obstinadamente las posiciones y la organización características del Partido, sin ilusiones democráticas sobre su funcionamiento interno. No hay duda, de hecho, sobre la naturaleza radicalmente antidemocrática de nuestro Partido en todas sus expresiones, no sólo teórico-políticas, sino también táctico-organizativas.

Nuestra posición, que defiende el principio del centralismo orgánico como crítica radical del principio democrático en todas sus formas, se aplica también a la organización real del partido. Ésta está desprovista, hoy como ayer, de formalismos inútiles y de discusiones sobre los textos y los textos fundamentales que constituyen el verdadero patrimonio del Partido. La teoría marxista no es un manto al que jugar tras la muerte de Carlos Marx: es un método integral de comprensión del mundo, de evaluación de la situación socioeconómica, de lucha contra la sociedad capitalista que, en su desarrollo cada vez más devastador, sólo empuja a la humanidad hacia regímenes cada vez más opresivos y represivos, hacia el hambre, la miseria y la guerra. No necesita revisiones, correcciones momentáneas, encaprichamientos pasajeros, votaciones mayoritarias para imponerse: requiere todo lo contrario. Cada voto mayoritario del llamado centralismo democrático mata el sentido mismo de una teoría científica -ciencia que es realmente, en cualquier caso, seria, antidemocrática. De hecho, se ha demostrado históricamente cómo cualquier intento de establecer una «democracia socialista» (véase, por ejemplo, la Comuna de París) fracasa precisamente en el matrimonio entre socialismo y democracia. A los *communards*, llevando a cabo su heroica lucha, Marx sólo les reprochó su falta de resolución y sus constantes elecciones, que impidieron que la Guardia Nacional y las fuerzas insurgentes derrotaran más rápidamente a los versalleses E incluso en el caso de la revolución de octubre y la instauración de la dictadura del proletariado, lo que impidió que el proletariado ruso y el partido bolchevique dirigido por Lenin sucumbiera a la atracción del oportunismo populista y socialrevolucionario fue precisamente su intransigencia al resistirse a cualquier cesión al principio democrático, ¡a pesar de que en Rusia estaba a la orden del día una doble revolución! El bolchevismo ruso empezó a perder su solidez programática y teórica, tan orgullosamente declinada en los textos fundacionales de la Internacional Comunista y reafirmada con gran fuerza en las tesis de su segundo congreso, cuan-

do empezó a utilizar expedientes tácticos para reforzar el control de los partidos comunistas occidentales sobre el proletariado de sus países.

Conscientes de la necesidad de resumir nuestras posiciones características de forma que sean comprensibles para todos, hemos decidido colocar la mancheta distintiva de nuestro partido en todos nuestros órganos de prensa: para los interesados en más información sobre nuestras tesis, siempre pueden consultar la nueva serie de Tesis y Textos de Izquierda Comunista, además de los numerosos textos ya publicados por el Partido en su larga historia.

(1) *Il Partito di classe proletario e gli altri partiti politici*, en *Il Comunista*, n°183, p. 11

(2) A este respecto, cfr. *Il Partito comunista Internazionale nel solco delle battaglie di classe della Sinistra Comunista e nel tormentato cammino della formazione del partito di classe*, vol. I, Edizioni Il Comunista, especialmente el capítulo 22 (pp. 172-184)

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, n° 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina.:US\$ 1,5; USA-Cdn:US\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «de prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

Algunas cuestiones fundamentales ...

(viene de la pág. 1)

La vivienda, en la sociedad burguesa, es una mercancía. La construcción de residencias de cualquier tipo se rige, por lo tanto, por las exigencias del mercado capitalista y no por las necesidades humanas, que requieren un lugar donde habitar como condición básica para poder garantizar la supervivencia. La inversión en vivienda, la industria de la construcción, los créditos hipotecarios y cualquiera de los aspectos económicos que permiten la producción de esta mercancía no son cuestiones secundarias, de las que se pudiera prescindir anulándolas para dar lugar a un nuevo sistema en el que la vivienda fuese extraída de las fuerzas sociales típicamente capitalistas.

Como mercancía, la vivienda tiene un precio, que está determinado por los elementos económicos fundamentales (precio de la reproducción de la fuerza de trabajo involucrada en su creación, importe destinado a la reposición del capital constante invertido y plusvalía) y fijado en último término por la consabida oferta y demanda. De nuevo, pretender que, de alguna manera, el precio de la vivienda pudiera fijarse al margen de estos condicionantes básicos es absurdo. Ni siquiera en los casos extremos actuales, cuando la vivienda abandona cualquier caracterización como valor de uso y se convierte en un tipo más de bien de inversión, o cuando el valor de uso deja de ser el del uso habitual de las personas para convertirse en apartamentos turísticos, etc. tiene ningún sentido pretender que estos hechos ataquen la naturaleza fundamental de la vivienda en el mundo capitalista que no es la de servir a la necesidad humana sino la de incrementar el beneficio de los capitalistas, grandes o pequeños, que la producen.

Es cierto que la vivienda tiene un carácter que la distingue (pero no definitivamente) de otras mercancías: siendo una mercancía costosa de producir, que no se consume con su uso, etc., y una parte esencial de las necesidades básicas del proletariado para sobrevivir. La carestía de la vivienda (algo constante a lo largo del desarrollo histórico del capitalismo) tiene un peso decisivo en el deterioro de las condiciones de vida de los proletarios: cuando el salario no alcanza para pagar una vivienda, bien sea por su escasez, bien por su elevado precio o, generalmente, por ambas, la vida se vuelve mucho más difícil para ellos.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el periodo de fortísima expansión económica que sobrevino como

consecuencia de la necesidad de reconstruir la Europa arrasada, propició un crecimiento industrial sin precedentes en la historia del capitalismo. Esto implicó dos cosas, en primer lugar una masa de beneficios sin parangón en los tiempos recientes para los capitalistas y una necesidad imperiosa de mano de obra proletaria para servir en las fábricas y en los campos, toda vez que al volumen creciente de producción se sumaba el hecho de que millones de obreros habían muerto en las trincheras de la carnicería imperialista. La propia reconstrucción de las ciudades devastadas fue un negocio especialmente lucrativo, que contribuía a generar ese aumento exponencial de los beneficios a la vez que daba alojamiento a los miles y miles de proletarios que cada año abandonaban el campo para dirigirse a las ciudades. En España este fenómeno tuvo unas características ligeramente diferentes, al menos en sus primeros tiempos, porque la industria nacional no tenía una salud tan boyante como la francesa, la italiana o la alemana y las dificultades que implicaba esto ralentizaron tanto el ritmo del crecimiento económico como la extensión de las principales ciudades. Pero en cualquier caso, la tendencia fue similar a la del resto de países europeos y los resultados muy próximos. Durante todo este periodo existió un volumen de producción tan elevado y que rendía unos beneficios tan grandes que los precios pudieron mantenerse relativamente bajos en comparación con otros precios industriales y, sobre todo, con el precio de la fuerza de trabajo, el salario. Esto se evidenció en la aparición de fórmulas de propiedad antes prácticamente inexistentes, el bloqueo de los precios de los alquileres, etc. La propia burguesía tenía interés en mantener estos precios de la vivienda relativamente bajos para garantizarse una mano de obra en condiciones de trabajar y que pudiese hacerlo por un salario relativamente moderado.

Por supuesto que, como es norma en el capitalismo, existieron sectores del proletariado que no lograron siquiera acceder a estas «ventajas» que generaba la expansión productiva y que estuvieron condenados a vivir durante décadas en infraviviendas, chabolas, cuevas, etc.: el mundo capitalista es de todo menos armónico y ni siquiera en sus momentos más boyantes es capaz de garantizar condiciones de existencia mínimas para toda la población. Incluso, durante las décadas que constituyen los llamados *treinta gloriosos*, las de mayor crecimiento económico, la cuestión de la vivienda y de las condiciones de habitabilidad mínimas en las ciudades fue un motivo de tensión continuo. Construcciones de mala calidad que o bien se derribaban o bien se volvían invivibles con

los años, barrios sin servicios mínimos una vez que se construyeron sus edificios, contaminación, toxicidad del ambiente, etc. No es por casualidad que en países con situaciones tan diferentes como Italia, España o Irlanda del Norte (donde la construcción y distribución estatal de las viviendas fue uno de detonantes del conflicto en 1969) el problema de la vivienda generase amplias movilizaciones de proletarios afectados por sus malas condiciones.

A partir de 1974, el final del *boom* económico significó la reanudación del ciclo tradicional de crisis-expansión-crisis y con él el agravamiento de muchos de los problemas característicos del capitalismo, entre ellos, sobre todo, el de la carestía de la vida, fruto de los bajos salarios, el incremento del desempleo y la agresiva política de destrucción de cualquier resistencia que los proletarios pudiesen presentar (dentro y fuera de las empresas) contra este proceso. Este fenómeno implicó que, mientras que durante el periodo que va del final de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis de 1974 la tendencia de los precios fuese a crecer de manera similar a los salarios, durante el periodo inmediatamente posterior la tendencia variase. De esta manera, los bajos salarios, sobre todo entre los proletarios jóvenes, inmigrantes, etc. en quien se descargó el peso de la crisis económica, dificultaron sobre manera el acceso a la vivienda, momento en el que se desarrolló hasta los niveles que conocemos hoy en día la estructura financiera que compensa con créditos hipotecarios a muy largo plazo la caída de los salarios y que de hecho incrementa el coste de la vivienda, compensado en parte la caída de la demanda. A esto se sumaron otros hechos como la caída brusca del crecimiento de población (porque las tasas de natalidad cayeron con los salarios) que redundaron en un descenso de la oferta de vivienda. Todo ello dio lugar al fenómeno que se ha llamado *financiarización del sector inmobiliario* y que, fruto de un brusco desajuste entre la oferta y la demanda de vivienda como consecuencia de las sucesivas crisis de sobreproducción acontecidas desde 1975, y del posterior desarrollo de los intermediarios financieros que intervienen en este sector, favorecieron el crecimiento de los precios a una tasa constantemente superior a la de los salarios, la conversión de parte del parque inmobiliario en objeto de inversión (la llamada *especulación*) y, en definitiva, el encarecimiento de la vivienda hasta el punto de resultar un bien de difícil acceso para los sectores más pobres del proletariado.

El problema de la vivienda, tal y como existe en la sociedad capitalista-

ta, no afecta exclusivamente a la clase proletaria. La afecta principalmente a ella, es cierto, básicamente porque constituye la mayor parte de la población y, por lo tanto, todo problema social le golpea sobre todo a ella. Pero existen otras clases sociales, cuya existencia no depende (o no sólo) de la venta de su fuerza de trabajo, que también se ven afectadas por el fenómeno descrito en los párrafos anteriores. En la medida en que la vivienda es una mercancía que compite con otras en el mercado capitalista por acaparar los recursos que existen en éste, puede desplazar a los propietarios de otras mercancías, empobreciéndoles. El incremento del precio del suelo desplaza a los propietarios de empresas que no pueden afrontar las subidas de la renta, lo cual contribuye a aumentar el precio de tantos bienes que dejan de ser de proximidad y caen bajo el control de las grandes cadenas de distribución y logística, etc. Son sólo dos ejemplos que se suman al más evidente de la falta de recursos, que también puede sufrir la pequeña burguesía, para comprar o alquilar una casa. Sobre el terreno de la vivienda también se dan enfrentamientos entre diferentes sectores burgueses. Incluso puede llegar a enfrentar a los burgueses propietarios de los medios de producción y a aquellos que únicamente invierten en el sector inmobiliario como manera de obtener una rentabilidad superior a la que dan otros mercados. Estos últimos, contribuyendo a aumentar el precio de la vivienda, obligan a la fuerza de trabajo a venderse por un precio superior y, por lo tanto, fuerzan a los primeros a aumentar los salarios, aceptar un descenso de sus beneficios, etc. La cuestión de la vivienda es y será cada vez más uno de los problemas más complicados para la sociedad burguesa porque no sólo afectará a los proletarios que la padecen en términos salariales, sino que llevará al enfrentamiento entre diferentes estratos burgueses que verán en los beneficios del rival un ataque directo a los suyos.

¿Qué puede esperar la clase proletaria de esta situación? Precisamente porque es un terreno en el que compiten entre sí clases y estratos burgueses y pequeño burgueses de toda condición e intereses, la cuestión de la vivienda representa un ámbito pantanoso para la lucha de clase del proletariado. En él la presión de estas clases sociales poseedoras, que disfrutan de toda la fuerza ideológica, organizativa, propagandística, que les da su papel privilegiado en el seno de la sociedad capitalista, es inmensa. Y a esta presión se suma la intervención de los actores oportunistas clásicos, sindicatos y partidos socialdemócratas, estalinistas, post estalinistas, etc., que juegan el doble papel de mante-

ner al proletariado en los cauces de la colaboración entre clases y de hacer valer su propio papel como agentes interesados en un sector que implica la intervención del Estado, la frecuente propiedad pública del suelo, inversiones de las que pueden salir beneficiados, etc.

Inevitablemente la clase proletaria se va a ver impelida a luchar en defensa de sus condiciones de vida. Y en esta lucha el problema de la vivienda es central. Pero para lograr colocarse sobre el terreno de la defensa de sus verdaderos intereses de clase, debe romper con el influjo de las clases enemigas y de sus organizaciones, que ejercen sobre ella una gran influencia en todos los ámbitos de la vida social.

Esto lo hemos visto en las recientes campañas de los llamados «sindicatos de inquilinos», organizaciones de tipo interclasista que aúnan a diferentes tipos de afectados por la situación del mercado de la vivienda y a activistas sociales de diferente procedencia. Estos sindicatos, que incluso han llegado a lanzar una simbólica «huelga de alquileres» (1), tienen como punto básico de su programa de acción la diferenciación entre «capitalistas rentistas», aquellos que poseen viviendas para obtener un beneficio pasivo de ellas, y el resto de capitalistas, dirigiendo su ataque contra los primeros y dejando en el limbo a los segundos. Se trata de una consigna, más allá de una estrategia, que busca componer un gran frente de lucha entre diferentes clases sociales contra los nuevos usureros de la vivienda, que representarían un enemigo común.

Como es evidente, el problema de la vivienda para la clase proletaria no tiene el mismo significado que para el resto -en la medida en que se engloba dentro de uno más amplio, como es la defensa de sus condiciones de vida, que es radicalmente diferente a la situación que padecen las clases burguesa y pequeño burguesa-. Las soluciones que proponen las clases no proletarias (límites a los precios del alquiler, parque público de viviendas, creación de una moratoria de inversiones en el sector inmobiliario, gravámenes sobre las viviendas vacías, etc.) suponen una defensa de los intereses particulares de estas clases sociales burguesas y pequeño burguesas. Todas ellas van encaminadas a reforzar el papel del Estado en la economía, a que éste garantice una defensa de su posición particular en la sociedad capitalista frente a la agresividad de los nuevos burgueses rentistas, etc. De hecho, todas implicarían un deterioro aún mayor de las condiciones de vida de los proletarios porque blindarían sectores del mercado de la vivienda para el uso de estas clases que son las que tienen acceso por sistema a los beneficios del Estado providencial. Cualquier intervención del Es-

tado en este sentido provocará, además, un encarecimiento de las condiciones de financiación para aquellos (sin duda los proletarios) que queden fuera del sector protegido y, por lo tanto, dificultará su acceso a la vivienda (2)

Pero el hecho de que la clase proletaria no deba convertirse en el vagón de cola del resto de clases sociales, que no deba asumir sus reivindicaciones en este terreno y ser únicamente su carne de cañón, no significa que no deba luchar, sino que debe romper con la influencia de las clases sociales enemigas y avanzar sus propias reivindicaciones y sus propios métodos de lucha.

Para los proletarios el problema de la supervivencia está ligado, principalmente, al salario. Lo que les define en la sociedad capitalista es su necesidad de vender su fuerza de trabajo a cambio de un sueldo que les permita subsistir. Ésta es la primera y más directa relación que tienen con la clase burguesa y, precisamente por ello, donde ésta se muestra como su enemiga sin ningún tipo de disfraz. Los problemas de precios, mercancías que obtener, etc. pasan todos por la cuestión del salario y del necesario enfrentamiento contra la burguesía para garantizar que éste cubra las exigencias que plantea la vida en la sociedad capitalista. Lo hemos explicado en las páginas anteriores: el problema de la vivienda es el problema del salario que no alcanza para pagar la vivienda y es necesario remachar continuamente que ésta es la verdadera perspectiva proletaria. Es por ello que el proletariado no tiene necesidad de hacer una distinción tajante entre la burguesía rentista y el resto de burguesías, ni entre el Estado y la patronal, etc. Es sobre la línea de la defensa intransigente de las condiciones salariales que el proletariado realiza su demarcación respecto al resto de clases sociales en lo que se refiere a la cuestión de la subsistencia. Y es sobre esa línea sobre la que el resto de clases sociales ejercerán la presión necesaria para evitar que la lucha por las condiciones de existencia se convierta en una verdadera lucha de clase.

Pero ¿significa esto que el proletariado no tiene nada que decir sobre el terreno de la lucha específica y concreta por la vivienda? No. La lucha de clase, incluso cuando se limita a objetivos económicos inmediatos, no se refiere únicamente al salario. Cualquier objetivo por el que se lucha con medios y métodos de clase, cualquier fin que se plantea como el de una lucha de clase, tiene sentido para el proletariado. El caso de la vivienda, como decíamos, es especialmente delicado, pero incluso siéndolo, el proletariado

(sigue en pág. 16)

Nota de lectura. Dos biografías de Bordiga, dos.

En el último año han aparecido, en español, dos biografías dedicadas a Amadeo Bordiga.

La primera de ellas, a cargo de la editorial Hermanos Bueso (la misma editorial que está publicando la compilación de *Bilan*, revista editada por la Fracción en el Exterior de la Izquierda Comunista de Italia, 1933-1938) es la tesis de licenciatura del historiador del movimiento obrero Agustín Guillamón (1) Siendo, como decimos, una tesis universitaria, se entiende que en forma y finalidad está ceñida a los límites de la producción cultural burguesa de conocimiento académico: forma parte, por un lado, de ese conocimiento pseudo científico de segundo orden con el que las universidades modernas justifican su propia existencia (cuya necesidad es más que cuestionable ya incluso para la propia burguesía) a la vez que intenta suponer un jalón en la carrera profesional del autor. Un intento, en pocas palabras, de labrarse un nombre y una trayectoria utilizando a una corriente ignorada (¡afortunadamente!) en la academia presentándose como poseedor de una novedad que puede rentabilizarse.

La segunda, a cargo del Grupo Barbaria (2), es la reedición de un antiguo trabajo del grupo italiano N+1. Contrariamente a la obra de Guillamón, que pretende ser una narración más o menos detallada del trabajo de Bordiga dentro del Partido Socialista Italiano primero y del Partido Comunista de Italia posteriormente, esta otra biografía (que se presenta pomposamente como «anti-biografía» intentando, muy en la línea de N+1, solucionar con trucos verbales aquello que no pueden hacer ni política

ni teóricamente) es algo así como un análisis de los principales puntos de un supuesto «pensamiento y obra» de Bordiga. Como saben nuestros lectores, el grupo italiano N+1 tiene su origen remoto en una serie de antiguos militantes de nuestro Partido que rompieron con nosotros por su defensa de posiciones erradas primero en el terreno del trabajo en los organismos proletarios de lucha económica y, finalmente, en toda una serie de puntos (políticos, organizativos, etc.) que les separaban de la corriente histórica de la Izquierda Comunista de Italia. Su periplo posterior les ha llevado a convertirse en una especie de renovadores intelectualizantes de la Izquierda y del marxismo, con un trabajo encaminado a presentar pretendidas nuevas versiones del comunismo revolucionario mezclando éste con prácticamente todas las modas del pensamiento burgués contemporáneo. Es normal que un grupo como Barbaria, que recurre a la Izquierda, al Partido Comunista Internacional y a determinados militantes de nuestra corriente, para darle a sus posiciones una especie de legitimidad histórica que aún así nunca alcanzarán a tener, vaya de la mano en esta edición con N+1: el eclecticismo, la atribución personalista del trabajo político, la reivindicación de la autoría intelectual, etc. son puntos que les unen, aunque les separe el resto.

Por nuestra parte no pretendemos hacer una recensión de ninguna de las dos biografías. No nos interesa ni el trabajo del historiador académico ni las pueras ideológicas de grupos interesados en convertir la historia de lucha de la Izquierda Comunista de Italia y de uno

de sus principales elementos en un objeto de consumo cultural al uso. Es normal que este tipo de mercancías aparezcan en el mercado editorial, que funciona exactamente igual que el resto de mercados capitalistas: la búsqueda de la novedad, la presentación de un artículo que compite directamente con el resto por la atención del consumidor, etc. En este sentido Amadeo Bordiga, que hizo de su militancia una defensa intransigente del anonimato coherentemente marxista, presenta el hábito de misterio que tanto gusta tanto a los historiadores como a los editores. Por supuesto que el historiador defenderá su integridad profesional y su pretensión de haber expuesto las cosas tal cual fueron para reivindicar, también en la universidad (¿por qué no?), al revolucionario. De la misma manera que el grupo político que se parapeta tras *ese hombre* afirmará que la suya es una contribución política y no comercial y que el uso de una figura histórica individual es sólo un recurso secundario para exponer unas posiciones «colectivas». Pero la realidad es que ambos están presos de la fascinación, típicamente burguesa, por el individuo, sin el cual son incapaces de concebir ni la lucha revolucionaria ni la mera existencia de posiciones políticas.

Durante mucho tiempo las posiciones de la Izquierda Comunista de Italia han sido prácticamente desconocidas en España. A excepción de algunos textos que aparecieron en la década de los años '70 (3), en este país no ha sucedido como en Italia o en Francia, donde diferentes grupos, instituciones, etc. han publicado, fuera del ámbito del partido

Algunas cuestiones fundamentales ...

(viene de la pág. 15)

no debe tener miedo de arrastrar tras de sí a sectores de otras clases sociales no proletarias que puedan llegar a colocarse (siquiera temporalmente) tras sus reivindicaciones.

Los ejemplos históricos de movimientos de ocupaciones de viviendas, de defensa de éstas, las reivindicaciones por la salubridad de las casas, etc. son abundantes. En todos ellos la fuerza proletaria, la que ha imprimido la perspectiva clasista a la lucha, ha sido su carácter masivo, sustentado en el enfrentamiento directo con la burguesía y el poder burgués, **su exigencia de resolver inmediatamente y sin delegar en fuerzas sociales ajenas** el problema candente de la vivienda.

Es este carácter clasista de la reivindicación por la vivienda el que permite romper con la influencia de las

clases sociales no proletarias, que siempre serán contrarias a un movimiento amplio, y que no delegue en el Estado y sus gestores sociales, la solución del problema.

Hoy en día estamos lejos de un movimiento proletario similar, ni sobre el terreno de la lucha salarial ni sobre el de la lucha por la vivienda. La influencia de la burguesía y de sus agentes entre la clase proletaria es decisiva y, cuando aparece una movilización más o menos amplia por un objetivo que también le afecta a ella, el hábito adquirido durante décadas a la colaboración entre clases le hace caer preso de las ilusiones democráticas, pacifistas, etc., de la pequeña burguesía. Pero los problemas que acrea el modo de producción capitalista, la anarquía de la producción empresarial, las crisis y las dificultades para la supervivencia de la mayor parte de la población, no van a cesar. El horizonte de crisis y guerra acentúa hoy la inseguridad y vuelve oscuro el futuro, pero mañana significará ya no una amenaza, sino una realidad. Entonces

todas estas fallas que atraviesan el subsuelo de la sociedad burguesa darán lugar a inmensos terremotos sociales en los que el proletariado reaparecerá con toda su fuerza histórica. Será entonces cuando luche, en primer lugar, por colocarse sobre su terreno de clase y deshacerse de la pernicioso influencia que sobre él ejercen todos sus enemigos.

NOTAS

(1) Nótese el recurso, completamente capcioso e intencionado a términos como *sindicato*, *huelga*, privando a la clase proletaria de sus armas de lucha tradicionales en favor del magma interclasista que representan estas organizaciones.

(2) No cambia nada el hecho de que algunas organizaciones, como el Movimiento Socialista, añadan a estas consignas la coletilla *bajo control obrero*, que no es otra cosa que un recurso retórico sin consecuencias prácticas de ningún tipo.

y contra el partido por supuesto, material referido a nuestra corriente e incluso al partido propiamente dicho. En Italia, por ejemplo, existe desde hace dos décadas la *Fundación Amadeo Bordiga*, formada por elementos vinculados a la corriente que publica el nuevo *Il programma comunista* (4) y en Francia se han publicado diferentes trabajos académicos sobre nuestro partido, al margen de textos de nuestra corriente, que han hecho otros grupos. En estos países, hasta ahora más que en España, ha tenido sentido la afirmación de Lenin, que refiriéndose a la utilización que de Marx hacían las corrientes socialistas afines a la burguesía, decía:

En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias. Después de su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus nombres de una cierta aureola de gloria para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castRANDO el contenido de su doctrina revolucionaria, mellando su filo revolucionario, envileciéndola.

Lenin, *El Estado y la Revolución*.

Sólo en los últimos años se ha empezado a ver más material de la corriente de la Izquierda en español. Algunos textos son atribuidos directamente a Bordiga (acertadamente o no), otros anónimos y editados sin más referencia. Sin duda esto tiene mucho que ver con la irrupción de las redes sociales como medio de comunicación y publicación preferido por muchos grupos. Hoy en día, con el acceso generalizado a Internet, resulta sumamente sencillo acceder a cualquier información, tanto de actualidad como política. Las tesis de la Izquierda Comunista de Italia y nuestras posiciones de Partido no iban a ser menos. A estos se suma una increíble facilidad para difundir esta información a través de plataformas como X, Instagram, etc. Esto ha supuesto una modesta eclosión de la corriente de la Izquierda, su aparición en ámbitos donde antes no era accesible y la consiguiente atracción de muchas personas por ella (la producción, ahora sí, genera su demanda). No se puede negar este fenómeno: desde el momento en el que estos medios de comunicación y difusión existen, es imposible evitar que también nuestras posiciones circulen a través de ellos sin nuestro control con todo lo que esto implica. Dentro de los límites de nuestras fuerzas, siendo Internet el medio que ha destronado en gran medida a la prensa escrita, sería estúpido no utilizarlo, como por otro lado seguimos utilizando la prensa escrita. Junto con nuestra prensa (periódicos, revistas, folletos, opúsculos, libros, etc.), la difusión de nuestras posiciones también va acompañada de nuestro sitio web (<http://www.pcint.org>), en el que publicamos, en

varios idiomas, no solo la mayor parte de nuestra actividad propagandística, sino también las antiguas publicaciones de periódicos, revistas, folletos y textos del partido de antaño. Como se indica en nuestro epígrafe titulado REPRODUCCIÓN LIBRE, no reclamamos ningún «propiedad intelectual», al no tener ningún «derecho de autor» que defender, y mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que aparecen originalmente en este sitio pueden reproducirse libremente, tanto en formato electrónico como en papel, siempre que no se cambie nada, que se especifique la fuente -el sitio web <http://www.pcint.org>- y que se publique esta precisión. Por supuesto, no podemos impedir que grupos, editores o individuos utilicen nuestros materiales o los materiales de la corriente de la Izquierda Comunista de Italia de la que procedemos con fines totalmente diferentes y opuestos a los nuestros; lo hacían ayer a través del papel, lo hacen hoy a través de lo digital. El combate de los revolucionarios no puede sino prever que, al igual que sus vidas (véase lo que escribía Lenin sobre las calumnias, mentiras y difamaciones), sus posiciones sean deformadas, atacadas, subvertidas y ridiculizadas. Nos corresponde a nosotros defender las verdaderas posiciones marxistas y de partido.

Hoy en día, esta práctica totalmente oportunista y contrarrevolucionaria se ve facilitada y acelerada gracias a los medios de Internet (sitios web, redes sociales, etc.), porque esta actividad también forma parte de la lucha de conservación burguesa y capitalista contra toda oposición de clase declarada y futura. Obviamente, como partido comunista revolucionario, siguiendo la tradición, también práctica, de la Izquierda Comunista de Italia, no ponemos ninguna posición, ningún principio, ningún punto del programa y ningún medio de propaganda y organización del partido a disposición de negociaciones, discusiones o compromisos con cualquier otro grupo o partido con tal de alcanzar cierta notoriedad o aumentar nuestros efectivos. Sabemos que, en este larguísimo período de depresión del combate de clase proletario, la tarea del partido —que no puede estar compuesto sino por pocos elementos— es sobre todo asimilar, defender y difundir, con las fuerzas disponibles, y sin buscar artificios de ningún tipo para parecer más de lo que se es, la doctrina marxista restaurada por parte de los compañeros de la Izquierda comunista de Italia desde la Segunda Guerra Mundial en adelante y las lecciones extraídas por nuestra corriente a lo largo del ciclo contrarrevolucionario. Por supuesto, una actividad de este tipo, que excluye transformar sus medios de propaganda en tribunas parlamentarias, de discusión, de debate y de recopilación de opiniones, también excluye la charlatanería, la molienda de palabras, la discusión hecha solo para exaltar al intelectual x o y, por lo tanto, nunca, incluso si mañana fuéramos unos cuantos miles de militantes, utilizaremos el electoralismo y el parlamentarismo, o, como sucede

hoy en día, incluso para grupos muy modestos, si no para intelectuales individuales, confiaríamos el éxito del partido a otros recursos, por ejemplo, las redes sociales.

El valor de un texto, de una toma de posición o de la prensa no es tanto ser leída por pocos o por muchos, sino dar una contribución que necesariamente es política a la lucha de clase del proletariado. Y esto significa que nuestras hojas, periódicos, etc., tienen la doble función de expresar posiciones claras y definidas y de tratar de vincular a los proletarios a dicha posición. Es el célebre papel de organizador colectivo que tiene la prensa y que Lenin defendía como columna vertebral de la misma organización de partido. Desde este punto de vista, que es el del marxismo revolucionario, se entiende fácilmente que la idea de prescindir de este trabajo de partido y utilizar para él a una gran empresa capitalista es absurda. Las redes sociales y todo el ambiente generado en torno a ellas son la expresión extrema del demócratismo, por tanto de la ideología burguesa, imperante en nuestra época: pretender hacer de ellas una «herramienta» o un «instrumento» del trabajo político implica no entender que éste requiere de unos medios y unos métodos muy específicos, todos ellos encaminados a establecer vínculos que no son personales sino políticos y que necesariamente están ausentes en los nuevos medios de difusión.

En cualquier caso, este modesto pero perceptible crecimiento del conocimiento de la Izquierda Comunista de Italia y, por extensión, del Partido Comunista Internacional, está viciado desde el principio. Nuestra corriente siempre ha defendido, por ejemplo, que la adhesión al partido debe ser individual, basada en el trabajo militante que une la adquisición teórico-política y la práctica en el desempeño de las demás tareas del partido, pero niega que uno u otro puedan ser desarrollados por el militante individual, distinto de los demás militantes individuales, ya que esa adquisición y esa práctica son el resultado de un trabajo orgánico de Partido en el que se integran las mejores capacidades de cada uno, para ser empleado como parte de un todo dialécticamente conectado. La correcta difusión de nuestras posiciones, a la que puede acceder cualquier usuario de las redes sociales, no es una mezcla de fragmentos o textos fundamentales de nuestra corriente — como Partido y clase — con posiciones totalmente desvinculadas de las clásicas de la Izquierda Comunista de Italia, que cualquier grupo decide un día elaborar por su cuenta haciéndolas pasar como si fueran lo mismo: operaciones de este tipo van en una dirección completamente opuesta, falsificando las posiciones de nuestra corriente porque separan los textos, las tesis, las posiciones, etc. de la historia de la Izquierda y del trabajo de restauración del marxismo realizado exclusivamente por el Partido Comunista Internacional.

(sigue en pág. 16)

Nota de lectura

(viene de la pág. 17)

Estas operaciones son exactamente lo contrario de lo que la Izquierda siempre ha defendido, lo contrario de la labor política que ha desarrollado para presentar la coherencia y la continuidad histórica de las posiciones del marxismo revolucionario, oponiéndose a las fuertes oleadas contrarrevolucionarias que han destruido el movimiento de clase pero que no han podido ni podrán aniquilar la fuerza histórica del marxismo no actualizado, no remendado, no innovado, sino que se confirma como la única teoría capaz de identificar todas las contradicciones de la sociedad capitalista en la que periódicamente se precipita, preparando el terreno sobre el que la fuerza de la clase proletaria unida internacionalmente y dirigida por el partido comunista revolucionario tendrá la tarea de transformarla completamente, comenzando por derribar el poder político burgués. Es precisamente como negación de los fundamentos de la Izquierda Comunista y, por tanto, del marxismo revolucionario, que se está difundiendo su versión edulcorada y virtual. Y es en esta misma línea, en la aceptación, como ya en otros tiempos, de una idea distorsionada de la Izquierda, del Partido y, naturalmente, de Bordiga (por otra parte, toda religión necesita de sus profetas, toda posición mística, a-histórica y antidialéctica necesita de su referente personal), que han aparecido las dos biografías a las que hemos hecho referencia. Ambas representan una expresión un poco más exitosa (al haber salido, aunque no del todo, del entorno virtual) de esta corriente de confusión y, por lo tanto, se nutren de ella alimentándola, dándole un punto de referencia más consistente. Desempeñan un papel que contribuye a una mayor confusión, a la distorsión de las tesis de la izquierda, a su heterogénea mezcla con el criterio del individualismo burgués. Quien quiera acercarse a la izquierda a través de ellos, de una forma u otra, no encontrará un camino seguro para seguir una línea histórica o política, sino más bien una interpretación puramente personalista (y, por tanto, burguesa) que niega la característica del trabajo colectivo, y por tanto anónimo, del partido.

Frente a esta concepción biográfica, frente a esta exaltación del individuo y frente a la reivindicación del derecho de propiedad intelectual de la obra política (ambas biografías hablan, por supuesto, de los textos, de las posiciones del individuo Bordiga) reivindicamos el verdadero hilo conductor que une a cada militante, en cualquier momento histórico, rango o posición, con el trabajo del partido y, con él, con la preparación de las condiciones teóricas, políticas y organizativas de la revolución proletaria. El trabajo del partido es, por definición, anónimo; los grandes hombres quedaron excluidos de él en el mismo momento en que se superó históricamente la fase de la revolución burguesa. Las fuerzas impersonales que hicieron posible

este triunfo seguían atrapadas en la concepción romántica del héroe o del individuo providencial por parte de los ideólogos de una clase triunfante que extendía su práctica económica al reino de las ideas. El partido proletario de clase, al tener que eliminar de su interior cualquier influencia de la clase enemiga (en primer lugar, la idea de que la revolución proletaria es una repetición más democrática de la burguesa), expulsa la concepción misma de la actividad del partido como un conjunto de trabajos individuales entre los que emergen o emergerán determinadas personalidades. Esto debe quedar claro: no se trata de premiar, en una especie de asamblea democrática, el trabajo colectivo frente al trabajo individual. No se trata de establecer mecanismos que impidan el surgimiento de uno u otro ego y de reivindicar la propiedad común de cada obra o idea. Se trata del hecho de que en el trabajo de partido el militante del partido se despersonaliza, rompe con la clasificación que le ha sido asignada por la sociedad burguesa y se une a un trabajo orgánico que no es más que la versión consciente de lo que ya existe, pero que se niega, en la misma sociedad capitalista: la fuerza del trabajo asociado que pulveriza la propia concepción de la supremacía individual.

Cuando decimos que el trabajo de partido es anónimo, queremos decir que no puede atribuirse a nadie en particular, que no puede abstraerse de un grupo del que depende y sin el cual no existiría; el trabajo de partido no pertenece al militante *x* o *y* de hoy o de ayer o de mañana, sino a las fuerzas colectivas que lo han constituido en el pasado lejano y cercano, en el presente y en el futuro. Se trata de la negación radical de todo derecho individual en el trabajo, de todo tipo de propiedad privada, de todo tipo de autoría intelectual. Algunos han querido ver en esta concepción totalmente antiburguesa una especie de nuevo tipo de misticismo según el cual el militante participa, es iniciado en el misterio y, por lo tanto, se le confiere un conocimiento teórico y doctrinal a través de la fusión espiritual con el partido. Otros, más prosaicos, querían verlo reducido a un tema antiindividualista, sin otro propósito que evitar los excesos de grandes pensadores, activistas, etc. que necesariamente se distinguen de los demás. Ambas concepciones permanecen prisioneras del mismo prejuicio porque ignoran el hecho de que el partido, sin poder anticipar de ninguna manera en su interior la sociedad comunista del futuro, o, mejor dicho, precisamente debido a esta imposibilidad, lleva a cabo una lucha implacable contra la influencia que la sociedad burguesa ejerce sobre él, y es en esta lucha donde elimina una de las principales fuerzas adversas, el mito del individuo creativo. Ni recurso al misterio ni al formalismo: superación de los principios y prácticas burguesas en el método de trabajo.

Quien sostiene que es posible personalizar la obra del militante Amadeo Bordiga, quien piensa que su obra, desarrollada durante décadas en medio de

la contrarrevolución más poderosa que la historia haya conocido, puede ser reivindicada por su figura o que esta figura puede explicar, con su singularidad, el poder de aquella... no hace más que reintroducir la propiedad privada como única fuerza social capaz de hacer surgir el trabajo humano y alinearse con los ideólogos típicos de la burguesía; es más, hace una labor contrarrevolucionaria. No negamos que las condiciones individuales, físicas, psicológicas, etc., particulares de un militante u otro puedan tener un peso decisivo en determinados momentos del trabajo del partido. Lo que negamos es que un militante pueda reivindicar, sobre esta base, ningún derecho, ningún privilegio sobre él. La excepcional capacidad de trabajo militante de un compañero como Amadeo Bordiga era el reflejo de una fuerza histórica que se manifestaba sobre todo en su absoluta negativa a cualquier forma de personalismo, a cualquier pretensión de su figura como eje del partido, como fuerza autónoma en la lucha de clases, etc. Fue en esta obra donde se opuso a la concepción individualista de la historia, demostrando la máxima coherencia posible con la doctrina marxista.

La negativa al personalismo, a la exaltación personal de los militantes comunistas, va necesariamente de la mano de la negativa a la concepción escolar del marxismo. Si la primera combate la influencia de una de las ideas burguesas más perniciosas, la del individuo como centro de la vida social, la segunda refuerza esta concepción negando que sea la capacidad estrictamente intelectual la que permite al proletariado lanzarse a la lucha contra la burguesía. De hecho, la burguesía siempre ha acompañado el mito del individuo con la superstición de la razón, la capacidad del individuo para comprender racional e intelectualmente la sociedad y, a partir de ello, actuar.

Como es sabido, la Izquierda Comunista de Italia cuenta entre sus primeras batallas políticas con la lucha contra las tendencias antimarxistas que poblaban el Partido Socialista Italiano (5). En el centro de este enfrentamiento estaba la lucha contra la concepción culturalista de la formación y la militancia política de los jóvenes que se afiliaban al partido. En oposición a la corriente oportunista que pretendía transformar las secciones juveniles del PSI en una extensión de la escuela burguesa y convertir a los militantes en aprendices de una especie de cultura obrera «recuperada» de las manos de la clase dominante, la Izquierda Comunista ha sostenido desde entonces que la adhesión al marxismo revolucionario, y por tanto al partido de clase, no se obtiene mediante la adquisición de conocimientos que abran las puertas al futuro combate revolucionario, sino mediante la inserción de los militantes en el conjunto orgánico de la actividad y las tareas del partido, tanto las relacionadas con los aspectos teóricos de la lucha como las estrictamente políticas o económicas, según definición de Engels.

Cien años después de esta primera lucha de la Izquierda contra el oportunismo, cuando se intenta hacer de nuestra corriente y de sus militantes, como en el caso de Bordiga, un objeto de veneración fetichista y de negación teórica y política, parece muy sencillo referirse a este trabajo de negación del enfoque escolástico del marxismo y del partido para tratar de apropiarse de él.

¡Es el caso de estas dos biografías! Ambas son muy cuidadosas en defender formalmente lo que niegan con su propia existencia. Nuestra negativa a la escolástica, al culturalismo, a toda concepción racionalista o ilustrada de la lucha marxista, no se refiere solo al desprecio que sentimos por la cultura burguesa, sino a toda concepción que pretenda separar el aspecto teórico del marxismo de su contenido político y organizativo. La militancia política de Bordiga transformada en un producto de consumo cultural resume este tipo de interpretación de la lucha revolucionaria como un hecho estrictamente ideológico, como un acercamiento a posiciones paramarxistas típicamente escolásticas. Naturalmente, los críticos de lo que estamos diciendo sostendrán que su enfoque biográfico de la Izquierda no pretende ser el único, sostendrán que simplemente están proporcionando material adicional, el biográfico, que no debería contradecir la asimilación del marxismo que la Izquierda siempre ha defendido. Pero esta es una justificación vana.

Nuestro partido ha dedicado una parte considerable de su trabajo a recuperar el hilo histórico que lo une a las grandes batallas de clase de la izquierda y, para ello, también ha elaborado los aspectos estrictamente formales. Para ver la diferencia entre nuestro trabajo de defensa de la tradición marxista revolucionaria y el de los creadores de nuevas mitologías, consulte la Historia de la Izquierda Comunista de Italia, publicada en los años sesenta y setenta del siglo pasado, o la multitud de textos que han proporcionado una evaluación dinámica de la experiencia de nuestra corriente en la revolución y la contrarrevolución. Se trata de materiales de trabajo que han servido para conectar a los militantes actuales con la historia de una lucha que, necesariamente, supera los límites de las vidas individuales, que se pierde y reaparece a cada paso de la lucha de clases y que requiere un trabajo continuo de elaboración. El partido actual está estrechamente vinculado a los compañeros que ayer se enfrentaron a la contrarrevolución dentro de la Internacional, y a aquellos que dieron vida a la primera agrupación de militantes internacionalistas al final de la Segunda Guerra Mundial. Y este vínculo no es un derecho patrimonial, sino un vínculo vivo, que se extendió durante el período de la contrarrevolución más profunda que ha conocido la historia del movimiento proletario y comunista, y que, por lo tanto, se ha forjado a partir de los intentos de los compañeros que, en la segunda posguerra, se encontraron con la intención de revivir el partido de clase que el estalinismo había destruido y del

difícil, paciente y tenaz trabajo de reconstrucción de la coherencia doctrinal, pero también política, táctica y organizativa, luchando contra las inevitables confusiones y desviaciones que la contrarrevolución había producido, incluso entre los antiguos compañeros de la Izquierda Comunista de Italia.

En nuestra concepción del partido, que es la de Bordiga y la de tantos militantes cuya memoria es política y no nominal, siempre ha estado claro que el marxismo no es asimilable al método con el que el estudiante universitario estudia sus materias; el acercamiento a las tesis marxistas de la revolución proletaria se produce precisamente a través de la militancia en el partido y ninguno de los aspectos que implica esta militancia puede tomarse por separado, corrompiéndolos a todos. El trabajo de los marxistas tiende a ser siempre de carácter partidista (desde el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx-Engels), incluso cuando los acontecimientos históricos dan la victoria a la contrarrevolución; y cuanto más profundo es el triunfo contrarrevolucionario y se reduce más la lucha proletaria a episodios aislados y desvinculados de la tradición clasista e internacionalista, más los comunistas se ven obligados a reunirse en círculos, en pequeños grupos, en corrientes políticas, en tendencias políticas, sabiendo muy bien que estas formas expresan una fase necesaria para transformar la debilidad del contenido teórico y político, que está en su base, en la fuerza, que sólo puede ser dada por la continuidad del trabajo de asimilación teórica del marxismo y la elaboración de balances dinámicos, no sólo y no tanto de las revoluciones, como de las contrarrevoluciones. Eso es exactamente lo que hizo una parte de los compañeros de la vieja guardia de la Izquierda Comunista de Italia cuando, al final del segundo conflicto imperialista y en su posguerra, se encontraron y reunieron para recrear las condiciones materiales adecuadas para la obra de restauración de la doctrina marxista y la reconstitución del partido comunista revolucionario.

Más allá de la precipitada decisión de organizarse inmediatamente en lo que se llamaría «partido comunista internacionalista», el propio desarrollo del trabajo político de entonces puso de manifiesto desde el principio que la prioridad debía darse a la restauración teórica del marxismo y que la impaciencia organizativa, basada simplemente en reiterar el programa y la experiencia del Partido Comunista de Italia de 1921, sin esa labor de restauración doctrinal y sin un balance dinámico de la contrarrevolución burguesa y estalinista que el segundo conflicto imperialista mundial había confirmado plenamente, habría dificultado mucho más la reconstitución efectiva del partido comunista revolucionario. Entre 1945 y 1951 surgieron dos tendencias opuestas que inevitablemente lucharon entre sí. Quienes nos siguen desde hace tiempo saben que el militante Bordiga formaba parte de la tendencia que en 1952 se organizó en

torno a la nueva revista del partido «El programa comunista» y que, a partir de esa fecha, podemos decir que, gracias a todo el trabajo de restauración teórica y política general y al balance de la contrarrevolución realizado en esos años, que aún debía continuar como así fue, la homogeneidad teórica y política alcanzada por el grupo de compañeros organizados en torno «El programa comunista» dio efectivamente origen al Partido Comunista Internacional.

Pues bien, de este largo trabajo de partido se autoexcluyen objetivamente aquellos que cuentan con las cifras, las oportunidades inmediatas, los artificios, las novedades o los cambios de la situación; argumentos que contradicen la necesidad del trabajo militante que la Izquierda siempre ha reivindicado, y que justifican «a su imagen y semejanza» (en realidad a imagen y semejanza de la sociedad burguesa, cuyos prejuicios asumen uno tras otro). Estos oportunistas intentan sacar provecho de este tipo de operaciones editoriales, refutando así su concepción errónea y construyendo los argumentos necesarios para una reivindicación ligera y superficial del marxismo con el que les gusta adornar las tesis con las que innovan continuamente.

La fuerza del curso histórico del antagonismo de clase entre proletariado y burguesía volverá a poner en primer plano, tarde o temprano, la necesidad de la lucha revolucionaria del proletariado y, con ella, de su partido de clase. Por lo tanto, lo que hoy parece una mera disquisición crítica adquirirá su verdadero significado porque las nuevas generaciones de proletarios que se acerquen al partido no lo harán para adquirir una «cultura marxista» (o peor aún, para venerar el mito de «Bordiga»), ni por el encanto de las vicisitudes personales de este o aquel militante, sino movidos por la necesidad de romper con las opresivas ataduras a las que nos somete la sociedad burguesa y que constituyen el peor de los obstáculos. Y en el partido deberán encontrar precisamente la fuerza de un trabajo orgánico que rechace toda concesión al individualismo y que dedique las mejores cualidades de cada individuo al único objetivo del triunfo revolucionario.

Notas:

- (1) Se trata del texto *Amadeo Bordiga en el Partido Comunista de Italia*. Hermanos Bueso Ediciones, 2024.
- (2) Se trata del texto *La pasión y el álgebra*. Amadeo Bordiga y la ciencia de la revolución.
- (3) Véase a este respecto *No sólo el estalinismo tiene su escuela de falsificación* en *El Programa Comunista* nº30 de marzo de 1979.
- (4) Ver *Los fabricantes de iconos a la obra: creación de la Fundación Amadeo Bordiga* en *El Programa Comunista* nº 45 de marzo de 2004.
- (5) A este respecto se puede consultar tanto la *Storia della Sinistra Comunista*, publicada por el Partido en los años '60, disponible mediante pedido a nuestra dirección.

Los líderes burgueses se preparan para la guerra, ¡Preparémonos para la guerra de clases!

Los anuncios de la inminente introducción por parte de los Estados Unidos de elevados aranceles aduaneros sobre las mercancías europeas, después de los ya vigentes sobre las canadienses, mexicanas y chinas, acompañados de las declaraciones antieuropeas de Trump y sus colaboradores más cercanos (como la petición de anexión Groenlandia, territorio bajo dominio danés) provocaron consternación entre los líderes europeos ante la amenaza de una guerra comercial. Pero la decisión de Trump de obligar a Zelensky a detener los combates, incluso suspendiendo de un día para otro los envíos de armas y la información de la «inteligencia» estadounidense a Ucrania, y de negociar un acuerdo de paz directamente con Rusia, sin involucrar a los europeos, supuso, para ellos, un verdadero *shock*: hasta entonces, la posición de los líderes europeos, reiterada por todos los medios de comunicación, era la de apoyar a Ucrania, junto con Estados Unidos, «hasta la victoria» de sus ejércitos; cualquier idea de alto el fuego antes de alcanzar este objetivo era denunciada casi como una traición a favor de los rusos.

Los líderes de la burguesía europea se reunieron rápidamente para asegurar a Zelensky su apoyo inquebrantable, pidiendo a su vez un alto el fuego (!), antes de que el presidente ucraniano, en acto de reparación y disculpándose con los estadounidenses, afirmara estar dispuesto a trabajar «bajo la firme dirección del presidente Trump» y firmar un acuerdo unilateral que concedería a Estados Unidos una parte significativa de los minerales del país.

En el momento de la independencia (1991), alrededor del 30 % de la industria bélica de la antigua URSS estaba localizada en Ucrania; en este sector operaban unas 700 empresas ucranianas, que daban empleo a más de un millón de personas. Pero las graves dificultades económicas imposibilitaron las grandes inversiones que habrían sido necesarias para reorganizar esta industria, privada repentinamente del mercado soviético, y para modernizarla. Tras caer en una profunda crisis durante años, la industria militar ucraniana ha experimentado un renacimiento gracias a las cuantiosas inversiones estatales a partir de 2014 (fecha de la anexión de Crimea por parte de Rusia y de los primeros enfrentamientos en el Donbass): en vísperas de la guerra con Rusia, en 2021, el presupuesto militar de Ucrania había aumentado un 1300 % con respecto a 2014. Hoy en día, hay unas 500 empresas industriales en el sector de armamento en el país (sin contar más de mil «start-ups») que emplean a casi 300 000 personas. Antes de que la guerra limitara sus ventas de armas al extranjero, Ucrania era el undécimo mayor comerciante de armas del mundo, justo después de España. Todo esto demuestra la realidad y el poder del complejo militar-industrial ucraniano, que no puede dejar de influir en la política de guerra de este Estado (1). Sin embargo, para librar la guerra, Ucrania depende en gran medida de los suministros militares occidentales, procedentes principalmente de Estados Unidos, que disponen así de un medio decisivo para ejercer presión sobre ella: a pesar de sus declaraciones, los Estados europeos no son capaces de sustituir el apoyo estadounidense. Ante la imposibilidad de continuar la guerra hasta el último ucraniano, los líderes europeos han reaccionado anunciando una aceleración sin precedentes de los gastos militares, que ya estaban aumentando considerablemente, y multiplicando las declaraciones bélicas.

En Alemania, el 5 de marzo, los socialdemócratas del SPD y los conservadores de la CDU-CSU acordaron someter a votación

en el Parlamento, sin esperar a la toma de posesión del nuevo gobierno salido de las elecciones, una ley destinada a eliminar la disposición constitucional que limita el déficit presupuestario; esto permitirá aumentar el gasto militar hasta casi 100 000 millones de euros al año, el doble de la cantidad actual (además de aumentar la inversión en infraestructuras del país), mientras se avanza en el restablecimiento del servicio militar obligatorio. En Gran Bretaña, el primer ministro había anunciado el 25 de febrero que el gasto militar, ya el segundo más alto de Europa, aumentaría del 2,3 al 2,5 % del presupuesto en 2027, el «mayor aumento del presupuesto militar británico desde el final de la Guerra Fría», y que debería alcanzar el 3 % en 2030. En Francia, el 20 de febrero Macron había estimado que el gasto militar podría aumentar hasta el 5 % del presupuesto (frente al 2,1 % actual) y en su declaración televisiva del 5 de marzo reiteró, sin dar cifras, que había que emprender más gastos militares «lo antes posible». En Italia, el presupuesto previsto para gastos militares aprobado el pasado mes de octubre para 2025 indicaba un total de 32 000 millones de euros (+12,4 % con respecto a 2024 y más del 60 % con respecto al decenio 2016-2025). Esto significa que en 2025 Italia gastará 7 000 millones más que en 2024 y, según el plan ReArm Europe de 800 000 millones en el cuatrienio 2025-2028, gastará 17 000 millones más en 2026, 27 000 millones más en 2027 y 37 000 millones más en 2028, es decir, 88 000 millones de euros más en total respecto al 1,5 % del PIB actual (2).

En el caso de España, que es el país de la OTAN con el presupuesto militar más bajo (no llega al 1,6 % oficial en las cuentas del Ministerio de Defensa, si bien supera ampliamente esta cifra teniendo en cuenta los «gastos ocultos» que se disimulan en las cuentas de otros ministerios pero que responden realmente a Defensa) el presidente Pedro Sánchez se ha comprometido a aumentarlo, para 2029, a 32.000 millones de euros, lo cual implicará colocarse en el entorno del 2 % que exigen sus socios europeos (3).

El 6 de marzo, los líderes de la UE aprobaron el plan de la Comisión Europea de 800 000 millones de euros para «rearmar Europa», etc. Para completar el cuadro, añadamos que los británicos y los franceses han declarado estar dispuestos a enviar soldados para garantizar un alto el fuego en Ucrania y que los franceses han propuesto extender su «paraguas nuclear» a otros Estados europeos (4). El aumento de los gastos militares y el «apoyo a Ucrania» se justificaron ayer con el argumento de que era necesario asegurar la victoria de Kiev y castigar a Rusia por sus violaciones del derecho internacional y sus crímenes de guerra: todos han visto que en el caso de Israel las violaciones del derecho internacional y los crímenes de guerra no han supuesto ningún «castigo» por parte de los países europeos, que en realidad han sido cómplices, porque los estados burgueses respetan la ley solo si sirve a sus intereses. El fuerte aumento adicional de los gastos militares anunciado con gran alboroto y el clima belicista difundido por los medios de comunicación se justifican hoy en día por la inminente amenaza que Rusia representaría para Europa en el probable caso de un cese de los combates en Ucrania y en la perspectiva de una retirada de los Estados Unidos (5).

Lo absurdo de los argumentos utilizados por esta propaganda burguesa no puede ocultar el hecho de que el capitalismo se está moviendo inexorablemente, a escala internacional, hacia enfrentamientos militares de

«gran intensidad», algo de lo que todos los Estados burgueses son conscientes. La perspectiva de un tercer conflicto mundial, resultado inevitable en algún momento de las crisis capitalistas, se está volviendo cada vez más concreta, aunque todavía no es inminente. Si los Estados Unidos de Trump quieren detener la guerra en Ucrania, no es por amor al «paz», sino porque, tras ver el fracaso de la guerra actual, buscan redirigir sus fuerzas hacia Asia, donde le espera un enfrentamiento decisivo con China. Los Estados europeos, que ya no tienen la certeza de mantener la alianza con los Estados Unidos, se están preparando a gran velocidad para poder desencadenar una guerra «por su cuenta». Y esta preparación no consiste sólo en el aumento de los gastos militares; consiste también y sobre todo en la regimentación de la población en general y de los proletarios en particular en torno a la unión nacional, es decir, en la defensa de los intereses del capitalismo nacional: los proletarios y los explotados están llamados a aceptar sacrificios, a renunciar a defender sus intereses de clase en nombre de la defensa de la patria antes de ser llamados, si es necesario, a derramar su sangre. Los proletarios pagarán los gastos militares adicionales en forma de reducción de los gastos sociales, que no son un regalo del Estado burgués, sino que forman parte del salario «diferido», ese salario no pagado directamente que ahora se utilizará para pagar los gastos militares: ¡la economía de guerra es ante todo guerra contra los proletarios!

Si no quieren ser super explotados hoy y servir de carne de cañón mañana, los proletarios deben negarse a someterse a las exigencias burguesas. Es posible oponerse a los sacrificios en beneficio exclusivo del capitalismo, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, a condición de luchar por la defensa intransigente de los intereses proletarios. La negativa a la mortal unión nacional, la oposición a la paralizante colaboración entre las clases en nombre de la defensa de la patria, el retorno a la verdadera lucha de clase, basada en medios, métodos y organización clasistas, permiten unir a los proletarios de todas las nacionalidades contra el capitalismo y los Estados burgueses, con la perspectiva de derrocar este sistema de miseria, explotación y guerras y abrir el camino a la sociedad sin clases y sin Estados, el comunismo.

La burguesía se prepara para la guerra para defender el capitalismo, ¡preparémonos para la guerra de clases para poner fin al orden burgués!

9/3/2025

(ver NOTAS en pág. 6)

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org